Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones de Adam Smith

(material de estudio)

Guido Starosta*
Mayo 2000

* Este trabajo incorpora los frutos de las incontables discusiones que colorearon la actuación conjunta en la tarea docente con el Lic. Axel Kicillof entre los años 1998 y 2000 en los cursos del Dr. Pablo Levín y del Dr. Miguel Teubal, quienes siempre nos dieron espacio para desarrollar nuestras ideas propias..

Adam Smith: Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones (1776)

1 Introducción: De la Teoría de los Sentimientos Morales a la Riqueza de las Naciones. La unidad del proyecto intelectual de Adam Smith.

Para alguien no muy versado en la historia del pensamiento económico, Adam Smith fue básicamente un economista, si bien uno muy importante, en tanto se lo considera el fundador de la ciencia económica moderna con su libro *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones* (de aquí en más RN), publicado en 1776. Sin embargo, esta concepción choca con el hecho de que hasta la publicación de esta obra Smith se había dedicado a la filosofía moral, lo cual había cristalizado en el libro publicado en 1759 llamado *Teoría de los Sentimientos Morales* (de aquí en más TSM). Por supuesto, se podría argumentar que Adam Smith, hombre muy erudito como muchos de los intelectuales de la época, se dedicó tanto a la economía política como a la filosofía moral, siendo la primera lo que interesa a los economistas. Puede ser que haya hecho otras cosas, dirán éstos, pero eso les atañe a los filósofos, y no es de nuestra incumbencia, pues cae fuera de nuestro campo de estudio. El problema con esta interpretación es que no puede dar cuenta de la unidad subyacente a la obra smithiana¹ y, en consecuencia, no puede comprender el verdadero contenido del proyecto intelectual que Smith intentó llevar a cabo. Afortunadamente, desde hace ya bastante tiempo que hay consenso entre los especialistas acerca del hecho de que el propósito de toda la obra de Smith, es la construcción de una teoría social completa que permita comprender la naturaleza de la civilización moderna.

Ahora bien, una vez aceptada la unidad que articula los diferentes libros de Smith, se presenta la pregunta acerca de cuál es la relación concreta entre la RN y la TSM, la cual llevó a algunos autores a plantear lo que pasó a la posteridad académica como el “problema de Adam Smith”². Este estaría dado por el hecho de que, si bien se reconoce que la obra smithiana está guiada por un único propósito intelectual, habría una clara inconsistencia entre las teorías desplegadas en ambos libros, sobre todo en lo que refiere a la concepción de Smith acerca de la conducta humana. Lamentablemente, no podemos desarrollar aquí este punto, pero, de todas maneras, quisiéramos plantear los lineamientos generales del asunto³. Frente a lo que sostenían las concepciones racionalistas de su época, y como parte de la tradición de la ilustración escocesa, Smith encuentra los fundamentos de la moralidad en las pasiones humanas; concretamente, en los “sentimientos morales”, lo cuales tienen un fundamento material en el modo de subsistencia y se desarrollan socialmente. Es a partir de ellos que elaboramos nuestro juicio moral acerca de las conductas humanas (tanto de la propia como de la ajena), evaluando el carácter *apropiado* de las mismas en base a su adecuación al orden armónico natural⁴, es decir, a su *benevolencia*. A su vez, estos sentimientos morales se regulan gracias a la presencia en los individuos de la *simpatía*, la cual refiere a la capacidad humana de adoptar la perspectiva del *observador imparcial*, ese juez interior (“*judge within*”, “*ideal man within the breast*”, “*demigod within the breast*”), al cual no habría que

¹ Unidad que también comprende las Clases sobre Jurisprudencia (*Lectures on Jurisprudence*). En estas notas de clase tomadas por sus alumnos, encontramos sus ideas fundamentales acerca de la ciencia de la política o del estado, las cuales aparecen condensadas en algunos capítulos de *La Riqueza de las Naciones*, y que deberían haber cristalizado en un libro que Smith nunca llegó a escribir. Aquí nos remitiremos a la relación entre la TSM y la RN.

² Para una reseña del “problema de Adam Smith”, ver la introducción de Raphael y Macfie a la edición de Oxford de la TSM (Raphael y Macfie, 1976).

³ En esta presentación resumida de los lineamientos generales de la TSM sigo a Clarke (1991).

⁴ Concepción que es reflejo de la influencia del pensamiento estoico en la formación de A. Smith (ver Fitzgibbons, 1995).

ofender con conductas que atenten contra la armonía natural de las cosas. En resumen, a diferencia del individuo unilateralmente egoísta de Mandeville guiado por el precepto “vicios privados, virtudes públicas”, Smith postula un individuo cuyo comportamiento requiere cierta dosis de amor propio (*self-love*) - sin la cual no podría cumplir adecuadamente su necesario papel en la vida social -, pero siempre moderada por el mecanismo del observador imparcial.

Hasta aquí el Smith de la TSM. El problema residiría, según ciertos autores, en la inconsistencia entre esta visión acerca de los fundamentos de la sociabilidad humana y el Smith de la RN donde, como veremos a continuación, parecería que Smith funda la articulación de la vida social en el comportamiento unilateralmente egoísta de los individuos. Sin embargo, la literatura actual sobre el tema tiende a coincidir en que esta dificultad no es tal y que aquellos la encuentran a partir de una mala interpretación de ambos libros. Queda pendiente, sin embargo, la respuesta a la pregunta por la relación precisa entre la RN y la TSM. El desarrollo de esta problemática excede los alcances de esta introducción al pensamiento económico y social de Adam Smith⁵. De todas maneras, remitimos al lector a la rica bibliografía que se ha venido desarrollando en los últimos tiempos (ver especialmente Young, 1986; 1995; Young y Gordon 1992; Levin, 1999a; 1999b). El análisis que expondremos en las páginas siguientes se circunscribe, entonces, a la RN. Sin embargo, y de forma de ser consecuentes con lo dicho hasta aquí respecto de la complejidad del proyecto intelectual de Smith, intentaremos hacer una lectura del libro fundacional de la Economía Política científica a la luz y en el espíritu de la discusión precedente.

2 El significado de la Riqueza de las Naciones en el proyecto intelectual de Smith

Smith tiene delante de sus ojos un nuevo tipo de civilización, una sociedad que él mismo especificará como “sociedad comercial”, donde todos se han convertido en alguna medida en un mercader. Lo que intenta hacer es dar cuenta teóricamente de esta “novedad social” (ver Anexo 1: “El contexto histórico de la obra de Smith”). Este hecho, el que Smith se esté enfrentando a “lo nuevo”, es de fundamental importancia para entender el propósito, los alcances y limitaciones de su obra. Pues siendo así, no podemos catalogar a su libro como un mero discurso apologético del orden consolidado *existente*. Ciertamente, es claro que Smith caracterizará a la sociedad moderna como un gran avance civilizatorio frente a la desaparecida sociedad medieval e, incluso, llegará a considerarla, bajo ciertas condiciones, como la forma absoluta y definitiva de organización social. Más adelante veremos en qué sentido y por qué. Sin embargo, vale la pena aclarar aquí que para Smith no son todas rosas en la sociedad del capital (ver Anexo 2: “El otro Smith”). Más bien, y esta es nuestra hipótesis de lectura, la clave de la comprensión de la RN está en considerar que Smith está allí intentando dar cuenta de la *viabilidad* de un orden *naciente*, es decir, la plausibilidad del proyecto civilizatorio moderno-capitalista. De aquí la fuerza del discurso smithiano para alcanzar la profundidad necesaria para penetrar en la “anatomía de la sociedad civil” y captar así su movimiento. En otras palabras, en tanto Smith está personificando la necesidad social de una reflexión que comprenda *teóricamente* estas novedosas formas de la vida humana, su proyecto intelectual adquiere la potencia que lo lleva a fundar con la RN la ciencia de la economía política⁶.

⁵ De todas formas, más adelante, cuando hayamos avanzado más en la exposición de la RN y dispongamos de más elementos conceptuales, ensayaremos brevemente una posible respuesta a esta problemática.

⁶ Esto no implica que desconozcamos el carácter ideológico de la obra de Smith. Cómo sucede con toda forma ideológica, su comprensión no puede avanzar plenamente, más allá de toda apariencia, en el conocimiento acerca del movimiento real de la sociedad capitalista. En particular, el limitado horizonte burgués desde el cual construye su teoría, lo condena a caer presa de la apariencia de que las formas sociales capitalistas son las formas naturales y eternas de la producción social. Sin embargo, insistimos, el contexto histórico en el cual escribe le da la potencia de no detenerse ante las apariencias *más inmediatas* y captar, si bien de manera confusa y ambigua, algunas de las “concatenaciones internas” de la sociedad burguesa.

Y este propósito tiene fundamental relevancia en un contexto donde todavía se levantaban voces desde el mercantilismo que veían que “la libre competencia”, esto es, el surgimiento del modo de producción capitalista y la imposición del motivo ganancia en el sentido de Marx, era el camino que conducía a la autodestrucción de la sociedad y, por ende, querían mantener las regulaciones políticas directas a la producción social a toda costa. Smith, por el contrario, veía todas estas regulaciones como *barreras* para el desarrollo de la civilización. Es en este sentido que hay que entender la postura de Smith a favor del “*laissez faire*” (expresión que en realidad nunca aparece en su obra) y no como un mero debate entre el libre cambio y el proteccionismo o liberalismo económico vs. intervención del Estado en el sentido contemporáneo de esos términos. Estos debates presuponen una sociedad capitalista ya plenamente constituida y, en consecuencia, la existencia históricamente específica de las relaciones sociales en formas políticas (Estado moderno) y económicas (“sociedad civil”) separadas⁷. Al contrario, en el contexto de Smith lo que está en juego es la constitución social misma de esa escisión. Es decir, la viabilidad (y, por supuesto, también la deseabilidad y legitimidad) de la existencia del Estado como una potencia (aparentemente⁸) exterior a la sociedad en tanto la producción pasa a regularse autónomamente (esto es, mediante un poder impersonal, más allá de toda intervención consciente) dentro de una esfera independiente, la “economía”⁹. Por eso son completamente anacrónicas y ahistóricas las lecturas neoliberales de A. Smith que intentan reivindicarlo como el padre de un descontextualizado y feroz liberalismo económico. Además, el liberalismo económico de Smith de ninguna manera implica que el estado no tenga ningún rol que jugar (Clarke, 1988). De hecho, el orden social ideal que construye en la RN (lo que denominaba el sistema de libertad natural) presupone siempre una “sociedad bien gobernada”, lo cual, interpretamos, significa un Estado que se atiene a los principios de la jurisprudencia natural, por un lado, y la existencia de individuos capaces de ejercer sus virtudes ciudadanas, por el otro¹⁰.

Ahora bien, ¿en qué sentido Smith consideraba a la sociedad moderna como un progreso de la civilización humana? Básicamente, por el gran desarrollo y multiplicación que observaba – y ante el cual se maravillaba – en la “riqueza de las naciones”. Las naciones modernas eran infinitamente más ricas que las de los “salvajes”, a punto tal que por “efecto derrame” un trabajador moderno pobre tiene más riqueza que un rey de los salvajes. Dice Smith en la Introducción:

“En las naciones salvajes de cazadores y pescadores, todo individuo que se halla en condiciones de trabajar se dedica a una labor más o menos útil, y procura obtener, en la medida de sus posibilidades, las cosas necesarias y convenientes para su propia vida, o para la de los individuos de su familia o tribu que son muy viejos, demasiado jóvenes o no se hallan en condiciones físicas adecuadas para dedicarse a la caza o a la pesca. Estas naciones se hallan, sin embargo, reducidas a tales extremos de pobreza (...). En las naciones civilizadas y emprendedoras acontece lo contrario

⁷ Es esta separación la que permite el surgimiento de la economía política como disciplina científica autónoma. En otras palabras, la economía política nace con su objeto de estudio.

⁸ Decimos “aparentemente” porque el desarrollo de una visión crítica debe mostrar el carácter ilusorio de esa separación. Es decir, debe comprender la unidad esencial subyacente a esa separación, la cual está dada por la relación social general que las constituye como esferas separadas y de la cual no son más que modos de existencia. Esta relación social es, por supuesto, el capital.

⁹ “La competencia (...) históricamente se presenta como disolución de las coerciones corporativas, reglamentaciones gubernamentales, aduanas internas e instituciones similares al interior de un país, y en el mercado mundial como supresión de obstrucciones; vedas o proteccionismos (...) históricamente se presenta como negación de los límites y barreras característicos de niveles de producción previos al del capital (...) El aspecto histórico de la negación del régimen corporativo, etc., por parte del capital y a través de la libre competencia, no significa otra cosa sino que el capital, suficientemente fortalecido derribó, gracias al modo de intercambio que le es adecuado, las barreras históricas que estorbaban y refrenaban el movimiento adecuado a su naturaleza” (Marx, 1972, p. 166/167).

¹⁰ Dicho sea de paso, en este último aspecto podemos encontrar unos de los puntos de entrada por donde desarrollar la relación precisa entre la RN y la TSM (ver Levín, 1999b).

(...), *el producto del trabajo entero de la sociedad es tan grande que todos se hallan abundantemente provistos, y un trabajador, por pobre y modesto que sea, si es frugal y laborioso, puede disfrutar una parte mayor de las cosas necesarias y convenientes para la vida que aquellas de que puede disponer un salvaje*” (RN, p. 4).

Y más adelante, ya habiendo encontrado la causa de este fenómeno social, concluye acerca de la capacidad de satisfacer las necesidades de las personas más humildes de un país civilizado:

“Realmente, comparada su situación con el lujo extravagante del grande, no puede por menos de aparecérsenos simple y frugal; pero con todo eso, no es menos cierto que las comodidades de un príncipe europeo no exceden tanto las de un campesino económico y trabajador, como las de éste superan las de muchos reyes de África, dueños absolutos de la vida y libertad de diez mil salvajes desnudos” (RN, p. 15).

Cabría preguntarse, entonces, por el origen de la riqueza social. Pues si las naciones modernas han multiplicado sus riquezas en relación con las naciones “salvajes”, algo debe haber sucedido con aquello que produce las “cosas necesarias y convenientes para la vida”. Ahora bien, según A. Smith, la fuente de toda la riqueza la encontramos en el *trabajo*:

“El trabajo anual de cada nación es el fondo que en principio provee de todas las cosas necesarias y convenientes para la vida, y que anualmente consume un país”... (si) “este producto .. guarda una proporción mayor o menor con el número de quienes lo consumen, la nación estará mejor o peor surtida de las cosas necesarias y convenientes apetecidas” (RN, p. 3).

Por ende, el desarrollo extraordinario de la riqueza de las naciones no se puede deber a otra cosa que al incremento de las *facultades productivas del trabajo* – la productividad –, y es por eso que se hace necesario investigar de dónde brota ese crecimiento. Por otra parte, para mostrar que este crecimiento beneficia a todas las capas de la sociedad, es necesario investigar cómo se distribuye la riqueza social incrementada. Y esto es lo que efectivamente realiza Smith en el Libro 1 de su libro, tal como lo anuncia en la Introducción:

“Las causas de este progreso en las facultades productivas del trabajo, y el orden según el cuál el producto se distribuye, naturalmente entre los diferentes rangos y condiciones del hombre en la sociedad, forma la materia del Libro primero de esta Investigación” (RN, p. 4).

Como veremos, la caracterización que hace Smith de la sociedad moderna es, en cierto sentido, limitada, pues, las más de las veces, ve en el capitalismo el desarrollo absoluto de las fuerzas productivas y de la libertad humana (naturalizando este modo de vida) sin poder dar cuenta del hecho de que este desarrollo de las capacidades productivas de la humanidad dista mucho de realizarse en forma libre. Ciertamente, el despliegue de la “sociedad comercial” cumple un rol histórico en el progreso de la humanidad¹¹. De ahí que tanto Smith, como la tradición ilustrada

¹¹ “El grado y la universalidad del desarrollo de las facultades, en las que se hace posible *esta* individualidad, suponen precisamente la producción basada en el valor de cambio (la sociedad capitalista, GS), que crea, por primera vez, al mismo tiempo que la universalidad de la enajenación del individuo frente a sí mismo y a los demás, la universalidad y la multilateralidad de sus relaciones y de sus habilidades. En estados de desarrollo precedentes, el individuo se presenta con mayor plenitud precisamente porque no ha elaborado aún la plenitud de sus relaciones y no las ha puesto frente a él como potencias y relaciones sociales autónomas. Es tan ridículo sentir nostalgia de aquella plenitud primitiva como creer que es preciso detenerse en este vaciamiento completo. La visión burguesa jamás se ha elevado por encima de la oposición a dicha visión romántica, y es por ello que ésta la acompañará como una oposición legítima hasta su muerte piadosa” (Marx, 1971, p.90).

“Pero es evidente que este proceso de inversión (la enajenación de las potencias humanas como potencias del capital, GS) es tan sólo una necesidad *histórica*, una simple necesidad para el desarrollo de las fuerzas productivas desde determinada base o punto de partida histórico, pero en modo alguno una necesidad *absoluta* de la producción; más bien es una necesidad pasajera y el resultado y la finalidad (inmanente) de este proceso es abolir esa misma base, así como esa forma del proceso. Los economistas burgueses están tan enclaustrados en las representaciones de determinada etapa histórica de desarrollo de la sociedad, que la necesidad de que se *objetiven* los poderes sociales del trabajo se les aparece como inseparable de que los mismos se *enajenen* con respecto al trabajo vivo” (Marx, 1972, p. 395).

escocesa de la cual formó parte, identifiquen civilización y comercio. Sin embargo, lo que no puede ver plenamente es que la forma capitalista en que se desarrollan las fuerzas productivas (su carácter enajenado, dirá Marx) encierra sus propios límites immanentes, lo cual le da a la sociedad capitalista un carácter histórico y transitorio.

2 El desarrollo de la división del trabajo como fundamento de la civilización.

¿Cuáles fueron, según Smith, las transformaciones que se han producido en la organización de la “esencia subjetiva” de la riqueza – el trabajo – y que tantos beneficios trajeron a la civilización humana? La relevancia de esta pregunta es obvia pues, a la luz de la discusión precedente, es en esas transformaciones donde vamos a encontrar la causa fundamental del incremento de la productividad del trabajo. Y la respuesta de Smith es que esa razón la encontramos en la división del trabajo, de la cual, efectivamente, se ocupa en el capítulo 1:

“El progreso más importante en las facultades productivas del trabajo, y gran parte de la aptitud, destreza y sensatez con que éste se aplica o dirige, por doquier, parecen ser consecuencia de la división del trabajo” (RN, p. 7).

Para entender la división del trabajo en la sociedad Smith nos pide que miremos lo que sucede dentro de una manufactura:

“Los efectos de la división del trabajo en los negocios generales de la sociedad se entenderán más fácilmente considerando la manera como opera en algunas de las manufacturas” (ibid.).

En particular, Smith explicará la división del trabajo a partir de lo que observaba que sucedía al interior de una manufactura de alfileres. Y lo que allí ocurre es que cada trabajador ya no produce todo el producto sino que está limitado a realizar una operación parcial, un fragmento, dentro de la obra total – el producto final – que realiza el colectivo de obreros que trabaja en ese taller:

“En fin, el importante trabajo de hacer un alfiler queda dividido de esta manera en unas dieciocho operaciones distintas, las cuales son desempeñadas en algunas fábricas por otros tantos obreros diferentes, aunque en otras un solo hombre desempeñe a veces dos o tres operaciones. (...) Por consiguiente, estas diez personas podían hacer cada día, en conjunto, más de cuarenta y ocho mil alfileres, cuya cantidad, dividida entre diez, correspondería a cuatro mil ochocientas por persona. En cambio, si cada uno hubiera trabajado separada e independientemente, y ninguno hubiera sido adiestrado en esa clase de tarea, es seguro que no hubiera podido hacer veinte, o, tal vez, ni un solo alfiler al día (...)” (RN, pp. 8/9).

De la división del trabajo dentro del taller, Smith pasa, como si se tratara de lo mismo, a la división del trabajo en la sociedad, es decir, pasa de lo que, siguiendo a Marx, podemos denominar *división técnica del trabajo*, a la *división social del trabajo* que reina en la sociedad moderna. La primera, como ya mencionamos, refiere a la parcelación de tareas al interior del proceso de trabajo y la consiguiente especialización de los diferentes obreros en un fragmento del proceso total de producción de un bien. La segunda, remite a la particularización de la producción global de la sociedad en *diferentes* procesos de producción correspondientes a *múltiples* bienes, y es así caracterizada por Smith:

“Sin embargo, la división del trabajo, en cuanto puede ser aplicada, ocasiona en todo arte un aumento proporcional en las facultades productivas del trabajo. Es de suponer que la diversificación de numerosos empleos y actividades económicas es consecuencia de esa ventaja” (RN, p. 9).

Hasta aquí, sin lugar a dudas se refiere a la división social del trabajo. Y sin embargo, inmediatamente después agrega:

“Esa separación se produce generalmente con más amplitud en aquellos países que han alcanzado un nivel más alto de laboriosidad y progreso, pues generalmente es obra de muchos, en una sociedad culta, lo que hace uno solo en estado de atraso” (ibid.).

Lo cual refiere evidentemente a la división técnica del trabajo. De esta manera comete el error de tratar como *idénticos* a dos procesos que son esencialmente *diferentes* (Rubin, 1979). Concretamente, reduce a la división social del trabajo a un desarrollo más general de la división técnica. Como si se tratara de lo mismo sólo que a una escala mayor, existente en un ámbito más amplio: la sociedad en su conjunto. Sin embargo, ambos procesos no sólo son distintos sino que incluso son opuestos. Básicamente, división técnica y social del trabajo difieren en la forma en que se regulan en tanto procesos sociales. Es decir, son distintas las maneras de articular los momentos varios que constituyen sendos procesos. En este caso esos momentos no son otra cosa que la actividad de los individuos involucrados en la producción social y sus relaciones mutuas. Mientras que dentro del taller la actividad de los obreros se regula *conscientemente*, con arreglo a un plan (y poco importa por ahora y en lo que refiere a este asunto, que esa conciencia no sea la de los obreros mismos sino que deban someterse al control de una conciencia ajena, la del capitalista, y que, consecuentemente, ese plan tome una forma despótica), la relación entre las diferentes ramas de la producción existentes a lo largo y a lo ancho de la sociedad se regula *bajo el capitalismo* de manera *inconsciente*, de forma autónoma respecto de la conciencia y voluntad de los individuos (“a espaldas” de los mismos dirá Marx)¹². Por otra parte, además de tratarse de procesos sociales esencialmente distintos, división técnica y social del trabajo se distinguen desde un punto de vista histórico. Mientras que la segunda ha existido prácticamente desde que existe el ser humano (por lo menos en su forma más simple de división sexual del trabajo), la primera es un fenómeno *específicamente capitalista*. Smith, en este sentido, comete un doble error. Por un lado, como ya se señaló, trata a la sociedad como una “gran fábrica”, o sea, se representa la forma mercantil de la división social del trabajo como sujeta a la regulación consciente. En realidad, deberíamos decir que es ambiguo e inconsistente al respecto. En el párrafo que estamos comentando, su confusión (o, más bien, mixtificación) es muy clara. Sin embargo, más adelante en la obra, el mismo Smith argumentará que esto no es así. Y, justamente, es esto lo que lo llevará a enfrentarse al problema de la viabilidad de la sociedad moderna. Por otro lado, en estos pasajes parecería que Smith encuentra la especificidad de la sociedad moderna en el desarrollo pleno de la división del trabajo. Ciertamente, la división del trabajo se ha multiplicado enormemente, pero no es allí donde reside esa especificidad. Como él mismo señalará más adelante, la novedad de la sociedad moderna pasa por el hecho de que se trata de una “sociedad comercial”.

Luego de describir de qué se trata esta división del trabajo, Smith muestra por qué gracias a ella se producen los mencionados incrementos de productividad, mencionando tres causas:

- 1) Mayor destreza: *“En primer lugar, el progreso de la destreza del obrero incrementa la cantidad de trabajo que puede efectuar, y la división del trabajo, al reducir la tarea del hombre a una operación sencilla, y hacer de ésta, la única ocupación de su vida, aumenta considerablemente la pericia del operario”*. (RN, p. 11).
- 2) Ahorro de tiempo: *“En segundo lugar, la ventaja obtenida al ahorrar el tiempo que por lo regular se pierde, al pasar de una clase de operación a otra, es mucho mayor de lo que a primera vista pudiera imaginarse”*. (RN, p. 12).

¹² Más abajo desarrollaremos con más detalle de qué se trata esta regulación inconsciente del proceso de producción social.

- 3) Empleo de herramientas inventadas por los operarios mismos: *“En tercer lugar, y por último, todos comprenderán cuánto se facilita y abrevia el trabajo si se emplea maquinaria apropiada (...) la invención de las máquinas que facilitan y abrevian la tarea, parece tener su origen en la propia división del trabajo. El hombre adquiere mayor aptitud para descubrir los métodos más idóneos y expeditos, a fin de alcanzar un propósito, cuando tiene puesta toda su atención en un objeto, que cuando se distrae en una gran variedad de cosas. Debido a la división del trabajo toda su atención se concentra naturalmente en un solo y simple objeto (...) Una gran parte de las máquinas empleadas en esas manufacturas, en las cuales se halla muy subdividido el trabajo, fueron al principio el invento de artesanos comunes, pues hallándose ocupado cada uno de ellos en una operación sencilla, toda su imaginación se concentraba en la búsqueda de métodos rápidos y fáciles para ejecutarla”* (RN, p. 12).

Es claramente falsa la afirmación 3) si la miramos con ojos actuales. Pero hay que entenderla en el contexto que escribe A. Smith, el período de la manufactura (por eso la importancia de entender a los autores en su contexto histórico). Es cierto que un obrero actual no tiene ni la capacidad ni el incentivo para introducir mejoras tecnológicas en su proceso de trabajo, constituyéndose la producción de máquinas en una rama especial del trabajo social y estando la decisión de la innovación en manos del capitalista. Pero no hay que olvidar que en la época de Smith todavía subsistían algunos artesanos independientes. En estos casos sí es posible pensar que estos individuos introdujeran mejoras tecnológicas puesto que tenían la capacidad para hacerlo, en tanto ellos mismos tenían el control sobre el proceso de producción, y el incentivo, puesto que esto les permitía competir mejor con las nacientes manufacturas. Por otra parte, las innovaciones técnicas de la época remitían, en su mayoría, a mejoras en la calidad de las herramientas de trabajo, lo cual implica que no había grandes restricciones en cuanto a los recursos necesarios para su introducción. De todas maneras, más adelante, el mismo Smith aclara que muchos progresos provienen de los desarrollos científicos, los cuáles, en tanto la ciencia misma está sujeta a la división del trabajo, se producen fuera del proceso productivo donde luego van a ser utilizados:

“Esto no quiere decir, sin embargo, que todos los adelantos en la maquinaria hayan sido inventados por quienes tuvieron la oportunidad de usarlos. Muchos de esos progresos se deben al ingenio de los fabricantes, que han convertido en un negocio particular la producción de máquinas, y algunos otros proceden de los llamados filósofos u hombres de especulación (...)” (RN, p. 13).

Este incremento de las facultades productivas del trabajo genera, en una sociedad bien gobernada, opulencia en todas las capas de la sociedad, la cual se generaliza porque la división del trabajo hace que se extienda la cooperación productiva de los hombres en forma nunca antes vista.

La pregunta que queda pendiente es la siguiente: ¿De dónde surgió este desarrollo tan grande de la división del trabajo y la cooperación? De esto se ocupa Smith en el Capítulo 2.

3 La división del trabajo como expresión de la naturaleza humana.

La respuesta a la pregunta que quedó pendiente en el capítulo anterior es contestada por Smith en las primeras líneas del segundo capítulo. El desarrollo de la división del trabajo responde al despliegue progresivo de la *naturaleza humana*, y no es un producto consciente de una ingeniosa ocurrencia humana. Sin embargo, según el argumento de Smith, la tendencia natural al incremento de la división del trabajo no es inmediata, sino que está mediada por una tendencia anterior que es su causa, a saber, la “propensión natural al intercambio”:

“Esta división del trabajo, que tantas ventajas reporta, no es en su origen el efecto de la sabiduría humana, que prevé y se propone alcanzar aquella general opulencia que de él se deriva. Es la consecuencia gradual, necesaria aunque lenta, de una cierta propensión de la naturaleza que no aspira a una utilidad tan grande: la propensión a permutar, cambiar y negociar una cosa por otra” (RN, p. 16).

En la RN, Smith trata la existencia de esta propensión natural como un postulado, sin profundizar más en el tema. Solamente plantea, sin desarrollar, el problema respecto de si se trata de un aspecto instintivo (concerniente al ámbito de las pasiones, lo irracional) o si pertenece al ámbito de las facultades discursivas (a la razón), inclinándose finalmente por esta última¹³.

“No es nuestro propósito, de momento, investigar si esta propensión es uno de esos principios innatos en la naturaleza humana, de los que no puede darse una explicación ulterior, o si, como parece más probable, es la consecuencia de las facultades discursivas y de lenguaje” (ibid.).

Es decir, está en la esencia del ser humano la tendencia al intercambio de los productos de su trabajo. Y esto hasta tal punto es así que, nos dice Smith, no podemos encontrar semejante comportamiento en ningún otro miembro del reino animal (“Nadie ha visto todavía que los perros cambien de una manera deliberada y equitativa un hueso por otro”). Al contrario, si miramos la sociedad humana en su estadio más civilizado, encontraremos que coincidentemente con la proliferación de la división del trabajo, se ha multiplicado el intercambio entre los individuos, a punto tal que ya ninguno puede satisfacer sus necesidades sin la “cooperación” de los demás.

“En una sociedad civilizada necesita a cada instante la cooperación y asistencia de la multitud, en tanto que su vida entera apenas le basta para conquistar la amistad de contadas personas” (RN, pp. 16/17).

En última instancia, lo que nos está diciendo Smith, no es otra cosa que la trivial verdad que indica que el hombre es un “ser social”, es decir, que la satisfacción de sus necesidades a través de la producción de riqueza, es decir, la producción y reproducción de su existencia, requiere del establecimiento de relaciones con otros individuos. La producción es una actividad eminentemente social. En este sentido, la apreciación de Smith es totalmente correcta. Sin embargo, no es sólo esto lo que nos está diciendo. Pues Smith identifica la cooperación productiva y la división del trabajo, condición genérica del ser humano, con una forma histórica particular de las mismas: el intercambio mercantil generalizado. La consecuencia de esto es que al identificar cooperación productiva con intercambio de mercancías, Smith naturaliza lo que, como dijimos antes, tiene un carácter histórico y, por ende, transitorio. Por supuesto, Smith tiene en claro que no siempre existió esta “sociedad comercial”, es decir, que representa una novedad el hecho de que el intercambio mercantil se haya generalizado. Sin embargo, la naturalización de Smith pasa por el hecho de considerar a este hecho el producto del despliegue progresivo y gradual de la naturaleza humana, la cual se ve realizada plenamente, para Smith, bajo las instituciones burguesas que él observaba. Es decir, por transformar un atributo *social* de esos individuos (y, por ende, una característica históricamente determinada de los mismos) en un atributo natural, perteneciente a su esencia humana (y, en consecuencia, una característica ahistórica de los mismos). Ciertamente, si miramos la sociedad moderna, vamos a encontrar a individuos aislados cuya conciencia y voluntad están determinadas de forma tal que tienen una tendencia al intercambio. Pero estos individuos tienen esa conciencia y voluntad justamente por ser individuos aislados, es decir, por vivir en una sociedad mercantil donde el carácter social de la actividad de los individuos no se pone de manifiesto de forma inmediata. En otras palabras, estamos frente a una sociedad atomizada de *productores privados e independientes*. Aquí, la producción *social* existe en la forma de ser negada, es decir, como su contrario, como producción *privada*, lo cual como veremos con Marx, lleva a una forma “invertida” o “pervertida” de la vida humana. Y de hecho, este es el problema que se le presenta a Smith. Aquí se enfrenta

¹³ Podría parecer que hay aquí una contradicción en el razonamiento de Smith pues, por un lado, postula que la división del trabajo no es producto de la sabiduría humana y, por el otro, plantea que la propensión natural que la causa deriva de las facultades racionales del hombre. Sin embargo, esa contradicción es aparente. Lo que señala Smith es que la decisión individual de intercambiar brota del comportamiento racional de los hombres, pero los resultados sociales a los que se llega (la división del trabajo y la opulencia general que de ella se deriva) son completamente espontáneos e inconscientes.

claramente con la cuestión de la viabilidad de la sociedad moderna. Toda la historia anterior de la humanidad había consistido en que el proceso material de vida de los hombres se había regido a través de relaciones directas entre las personas, es decir, a través de relaciones de dependencia personal. Pero ahora esas relaciones se han disuelto y los hombres han adquirido una independencia total respecto de los demás en lo que hace a la organización de su proceso de vida individual (*su proceso de metabolismo individual*). Básicamente, y a diferencia de lo que ocurría, por ejemplo, con la organización del trabajo de los esclavos o del siervo de la gleba, estos individuos son libres de decidir individualmente qué, cuánto y cómo producir. Y sin embargo, dada la unilateralidad de sus capacidades productivas, pues cada productor, debido a la forma mercantil de la división social del trabajo produce un solo producto en forma aislada, depende de las cosas que produzcan los demás. El productor de zapatos no puede vivir sólo con calzado; necesita camisas, cerveza, carne, etc. Y tantas más cosas requiere cuanto más se desarrollan sus necesidades. Pero el problema surge porque debido a esa independencia, el individuo no tiene ningún control sobre la relación de su proceso de producción con el de los demás productores de mercancías (es decir, sobre *el proceso de metabolismo social*). Es decir, no tiene el control sobre el carácter social de su propia actividad. Estos individuos son, por así decirlo, mutuamente indiferentes en lo que hace a la organización de su actividad individual. Deciden qué producir sin coordinar esta decisión con la de los otros individuos. Al mismo tiempo, como ya se señaló, necesitan de las cosas que producen los demás. Es por eso que, nos dice Smith, este proceso sólo puede regularse a través del puro comportamiento egoísta de los individuos. Si bien es cierto que todo hombre necesita de la asistencia de la multitud en tanto necesita de las cosas que poseen los demás para reproducir su existencia individual, no es de la “benevolencia” de los otros de donde va a obtener las cosas necesarias y convenientes para la vida, sino apelando al puro interés egoísta:

“Pero el hombre reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes y en vano puede esperarla sólo de su benevolencia. La conseguirá con mayor seguridad *interesando en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide (...)* No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios, sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas” (RN, p. 16).

Insistimos a riesgo de ser repetitivos, pero este punto es fundamental: hasta el nacimiento del capitalismo, la humanidad organizaba el trabajo social, es decir, la asignación de la capacidad productiva total de la sociedad en sus diferentes formas concretas, de una forma consciente y voluntaria. Esto es, la relación entre los trabajos individuales, la sociedad, se articulaba de una forma orgánica. Ciertamente, esa organicidad de la sociedad se basaba en relaciones de mando, de dominación personal. En este sentido, se podría decir que no todas las conciencias eran “libres e iguales” sino que se articulaban jerárquicamente. En su caso más extremo, en la esclavitud, la decisión acerca de qué, cómo y cuánto debía producir el esclavo (y no sólo acerca de su actividad productiva sino también de la consuntiva, del consumo) era un atributo personal del amo, a quién pertenecía la vida entera – la persona – del primero. Hasta tal punto la conciencia y voluntad del esclavo pertenecían al amo que, por ejemplo, en la Antigua Grecia, no se los consideraba hombres libres – y, por ende, seres dotados de conciencia y voluntad propia –, sino instrumentos parlantes (“que participa en tal grado de la razón como para reconocerla, pero no para poseerla”, ver la discusión de la esclavitud en la *Política* de Aristóteles, Libro 1, capítulos IV a VII). Pero el hecho es que, sea como fuere, esas actividades individuales se articulaban de forma consciente. Por ejemplo, pensemos en la relación del aristócrata ateniense con su esclavo. En tanto dueño de la persona del segundo, el primero tenía el control sobre el carácter individual de la actividad de aquél. Como señalamos más arriba, tenía el control sobre el qué, el cuánto y el cómo debía producir el esclavo. Pero lo que producía este último también tenía un carácter social, es decir, no producía valores de uso para él, sino para otros. ¿Cómo sabía el amo, que era quien organizaba el carácter individual de la actividad del esclavo, la forma concreta particular que debía tener su producción?, o sea, ¿qué valores de uso particulares debían resultar de su trabajo para que ese gasto de energía

humana se demuestrasen socialmente útil? Básicamente porque era atributo suyo la administración del hogar. Este señor se suponía ducho en "economía" (en el sentido antiguo de la palabra, es decir, como ciencia de la administración de los recursos de la casa para su subsistencia. Hoy le diríamos economía doméstica) y, en consecuencia, organizaba el trabajo del esclavo en base a las necesidades de su finca. Estas estaban constituidos por lo necesario para reproducir la vida de los libres y esclavos que la integraban. En otras palabras, el amo tenía el control consciente sobre el carácter social de la actividad productiva de sus esclavos. Si bien a través de una relación de dominación personal, regía conscientemente ese proceso de metabolismo social que ocurría al interior de la finca. Y algo similar podría decirse de las otras formas precapitalistas de socialización.

Por eso, no era para nada evidente que una sociedad de individuos mutuamente indiferentes, donde cada uno persigue libremente su propio interés egoísta con prescindencia de sus vínculos con los demás, iba a poder subsistir. Más bien la imagen era que esa carencia de organicidad iba a llevar al caos y a la destrucción total de la vida humana misma. De hecho, éste era el grito que pegaban las voces de la reacción desde el mercantilismo. Si queremos engrandecer a la nación (es decir, incrementar sus riquezas), es necesario reestablecer el orden en la vida social, y esto sólo se puede lograr poniendo a la regulación de la producción en manos de la autoridad estatal personificada en el monarca absoluto y sus disposiciones legales. Smith, por el contrario, maravillado por las proezas civilizatorias de la sociedad moderna, quería mostrar que esta organización atomizada conducía, más allá de la inconsciencia del proceso, a la reproducción de la vida social. Y no sólo a la mera reproducción, sino a la creciente y progresiva opulencia general.

Ahora bien, hasta aquí lo que ocurre en la sociedad moderna, donde la división del trabajo se haya completamente desarrollada. ¿Pero cómo se llegó a esta situación? Para explicar esto Smith recurre a un supuesto estadio previo de la humanidad (un estado "rudo y primitivo" dirá más adelante) y mostrará que ya desde ese momento, y persiguiendo el propio interés egoísta, los individuos se especializarán en una sola ocupación (es decir, establecerán una división del trabajo) como consecuencia de la ya mencionada propensión natural al intercambio. Y es aquí donde Smith realiza la operación naturalizante¹⁴, pues hasta aquí había hablado de la sociedad moderna y en este sentido no se le puede plantear ninguna objeción a la caracterización que él hace de ella. Sin embargo, sin ninguna explicación pasa de este estado civilizado al mencionado estado salvaje, donde no se sabe por qué estos individuos tienen la misma conciencia y voluntad (y, por ende las mismas "tendencias" de comportamiento, la misma inclinación al intercambio) que los individuos *mercantiles*:

"De la misma manera que recibimos la mayor parte de los servicios mutuos que necesitamos, por convenio, trueque o compra, es esa misma inclinación a la permuta la causa originaria de la división del trabajo" (ibid.).

¿Qué pasa, entonces, en ese estado originario?:

"En una tribu de cazadores o pastores un individuo, pongamos por caso, hace las flechas o los arcos con mayor presteza y habilidad que otros. Con frecuencia los cambia por ganado o por caza, con sus compañeros, y encuentra, al fin, que por este procedimiento consigue una mayor cantidad de las dos cosas que si él mismo hubiera salido al campo para su captura. Es así cómo, siguiendo su propio interés, se dedica casi exclusivamente a hacer arcos y flechas, convirtiéndose en una especie de armero (...) De esta suerte, la certidumbre de poder cambiar el exceso del producto de su propio

¹⁴ Esta representación ideológica no es un producto arbitrario de la imaginación de los pensadores burgueses sino que tiene una base material real, es decir, es una apariencia que brota de la práctica social misma de los productores de mercancías. En tanto el carácter social de la actividad del individuo mercantil no se reconoce de forma inmediata (la existencia específicamente social de estos individuos los determina como individuos aislados, es decir, como individuos que *aparentemente* carecen de toda determinación social), pareciera como si todas las inclinaciones, deseos, impulsos, etc., brotaran de su propia naturaleza humana, con prescindencia de la sociedad.

trabajo, después de satisfechas sus necesidades, por la parte del producto ajeno que necesita, induce al hombre a dedicarse a una sólo ocupación, cultivando y perfeccionando el talento o el ingenio que posea para cierta especie de labores” (RN, pp. 17/18).

En un primer momento, parecería que estos individuos producen ellos mismos todas las cosas que necesitan para reproducir su propia vida. Sin embargo, la diversidad de talentos naturales hace que, dada la mayor destreza en la elaboración de ciertos bienes, estos individuos comiencen a registrar un excedente en la producción de los mismos, el cual comienzan a intercambiar. Así, al intercambiar los productos del trabajo (y, por ende, al permitir el despliegue de esa tendencia natural) los individuos ven que obtienen una mayor cantidad de bienes para satisfacer sus necesidades que si produjeran todos los bienes ellos mismos. Es por esto que está en su *propio interés* especializarse en una ocupación. Sin embargo, esto es así porque los individuos *saben* (“tienen la certidumbre”) que podrán intercambiar el excedente que obtengan (que será cada vez mayor en tanto la división del trabajo, como señaló antes Smith, incrementa las facultades productivas del trabajo al generar diferencias de aptitudes y destreza) debido a que esta es una *propensión natural* y, en consecuencia, nunca nadie rechazó voluntariamente un intercambio. Por esto es que antes Smith nos decía que en la sociedad civilizada donde la cooperación entre los hombres se ha extendido más que nunca en la historia, la misma se logra a partir del mero comportamiento egoísta de los individuos, los cuales persiguiendo unilateralmente el interés personal, contribuyen al interés de toda la sociedad (pues la división del trabajo y el intercambio lleva al incremento de la productividad y a la multiplicación de la riqueza de las naciones). Este resultado se alcanza así a través de un proceso que opera a espaldas de los individuos, guiado por la famosa “mano invisible”.

Ahora bien, esta descripción smithiana acerca de la génesis de la moderna división del trabajo encierra varios problemas:

- En primer lugar, es antropológica e históricamente falsa esa comunidad originaria de individuos autosubsistentes y aislados a partir de la cual se desarrolla, por el mecanismo señalado más arriba, el intercambio privado de mercancías. Primero, porque ese Robinson que es capaz de reproducir su existencia individual sin interactuar con los demás individuos no ha existido nunca. Al contrario, lo que muestran los estudios antropológicos es que el hombre es, por naturaleza, un ser social. De hecho, las primeras formas de vida *humana* presuponen necesariamente la producción en comunidad, aunque más no sea en las formas simples de la familia y de esa familia ampliada que es la tribu. Esa misma actividad de los cazadores que menciona Adam Smith es una actividad que las tribus primitivas realizaban en forma colectiva. Como dice Marx en la introducción a los *Grundrisse*, no vale la pena que dediquemos más tiempo a refutar estas fantasías que emanan de la sociedad moderna¹⁵. Segundo, porque en el seno de las comunidades primitivas nunca se registraron intercambios mercantiles como vínculo productivo. Los pocos y esporádicos casos de intercambio de mercancías que podemos encontrar ocurren *entre* comunidades, es decir, al exterior de la comunidad y nunca al interior de la misma. Es más, tras la disolución de esas entidades comunitarias originales “hacen su aparición, de inmediato, relaciones de dominación y servidumbre, relaciones de violencia, que están en contradicción flagrante con la apacible circulación de mercancías y las relaciones correspondientes a la misma” (Marx, 1976, pp. 165/166). Es así que

¹⁵ “Cuanto más lejos nos remontamos en la historia, tanto más aparece el individuo – y por consiguiente también el individuo productor – como dependiente y formando parte de un todo mayor: en primer lugar, y de una manera todavía enteramente natural, de la familia y de esa familia ampliada que es la tribu; más tarde, de las comunidades en sus diversas formas, resultado del antagonismo y de la fusión de las tribus (...) Solamente al llegar al siglo XVIII, con la sociedad civil, las diferentes formas de conexión social aparecen como un simple medio para lograr sus fines privados, como una necesidad interior. Pero la época que genera este punto de vista, esta idea del individuo aislado, es precisamente aquella en la cual las relaciones sociales (universales según este punto de vista) han llegado al más alto grado de desarrollo alcanzado hasta el presente” (Marx, 1971, p. 4).

nunca vamos a poder encontrar al intercambio privado de mercancías como desarrollo inmediato de las comunidades originarias.

- En segundo lugar, no sólo el intercambio mercantil no ha sido el producto inmediato de las comunidades originarias, sino que la sociedad moderna, en tanto único ejemplar histórico donde se ha *generalizado* el intercambio mercantil, no ha sido el producto de la libre voluntad de los individuos, sino que ha sido el resultado de una historia de violencia, expropiación y luchas sociales, y donde, dicho sea de paso, el Estado jugó un rol fundamental.

- Finalmente, parecería haber una cierta circularidad en el argumento de Smith acerca del origen de la división del trabajo. Pues, por un lado, el excedente originario que intercambian los individuos y que desata el proceso de especialización, se genera gracias a que “hace las flechas o los arcos con mayor presteza y habilidad que otros”. Es decir, la diferencia de talentos parecería ser anterior a la división del trabajo. Pero, por otro lado, el mismo Smith discute con quienes sostienen que la división del trabajo se deriva de la diferencia de talentos naturales, argumentando que éstos son más bien el *resultado* de la división del trabajo y no su *premisa*.

“La diferencia de talentos naturales en hombres diversos no es tan grande como vulgarmente se cree, y la gran variedad de talentos que parecen distinguir a los hombres de diferentes profesiones, cuando llegan a la madurez es, las más de las veces, efecto y no causa de la división del trabajo (...) no proceden tanto, al parecer, de la naturaleza como del hábito, la costumbre o la educación” (RN, p. 18).

- De todas maneras, esto no representa una dificultad muy profunda y puede ser salvada en los propios términos de Smith. Primero, porque la cita de Smith refiere a las *grandes* diferencias de talentos que se observan en la actualidad. En su argumento inicial basta con que se registren *pequeñas* diferencias naturales que permitan obtener el excedente que será intercambiado originariamente. Además, lo importante es la existencia de ese excedente, el cual puede deberse no a diferencias en los individuos sino a causas exteriores a ellos, en las condiciones naturales *objetivas* en las cuales trabajan (por ejemplo, que debido a las lluvias obtengan una cosecha particularmente buena). Por eso, los problemas relevantes son los dos anteriores.

4 La relación entre división del trabajo e intercambio mercantil.

La visión de Smith que pone al intercambio como *causa* de la división del trabajo es evidentemente errónea. Si fuese tal como él lo plantea sería imposible encontrar sociedades donde se verifique la existencia de una cierta división del trabajo pero donde no se registra ningún tipo de relación de intercambio mercantil. Sin embargo, sobran los casos históricos sobre sociedades con división del trabajo y sin intercambio. Un claro ejemplo es la organización del trabajo social al interior de la industria patriarcal-rural. Aquí “hilador y tejedor habitaban bajo el mismo techo, cuando las mujeres hilaban y los hombres tejían, supongamos, para las propias necesidades de la familia (...) Era más bien el marco familiar, con su primitiva división del trabajo, lo que imprimía al producto del trabajo su carácter social particular” (Marx, 1975a, p. 22). En este caso, claramente, la regulación de la asignación del trabajo bajo sus formas de trabajo de hilar y de tejer con vistas a la satisfacción de las necesidades de la familia, no estaba mediada por el intercambio de mercancías y, sin embargo, sí existía división del trabajo.

Sin embargo, es en cierta medida cierto lo que afirma Smith en el capítulo 3 (Rubin, 1979). La expansión del intercambio tiene efectos positivos sobre el desarrollo de la división del trabajo (que no es lo mismo que decir que es su causa originaria):

“Así como la facultad de cambiar motiva la división del trabajo, la amplitud de esta división se halla limitada por la extensión de aquella facultad o, dicho en otras palabras, por la extensión del mercado. Cuando éste es muy pequeño, nadie se anima a dedicarse por entero a una ocupación, por

falta de capacidad para cambiar el sobrante del producto de su propio trabajo, en exceso del propio consumo, por la parte que necesita de los resultados de la labor de otros” (RN, p. 20).

Por supuesto, las razones que da Smith para esta relación virtuosa entre desarrollo del intercambio mercantil y la división social del trabajo no son las que realmente la determinan como tal. Básicamente, Smith no se enfrenta a una expansión del mercado en general sino a una expansión del *mercado mundial capitalista*. Ahora bien, el capital, en su afán ilimitado de obtener cada vez más ganancias tiende a derribar todas las barreras que impiden la progresiva realización del imperativo de acumular. Y una de estas barreras es el mercado, puesto que la ganancia se realiza a través de la venta de las mercancías. Es por esto que el movimiento de la sociedad capitalista lleva en sí la necesidad de expansión cuantitativa y cualitativa de las necesidades sociales (solventes). Como señala Marx en los *Grundrisse*, la acumulación del capital “requiere la producción de nuevo consumo; que el círculo consumidor se amplíe así como antes se amplió el círculo productivo. *Primeramente*: ampliación cuantitativa del consumo existente; *segundo*: creación de nuevas necesidades, difundiendo las existentes en un círculo más amplio; *tercero*, producción de nuevas necesidades y creación de nuevos valores de uso. En otras palabras, que el plustrabajo obtenido no quede en mero excedente cuantitativo, sino que al mismo tiempo se acreciente la esfera de las diferencias cualitativas del trabajo (es decir, se extienda la división social del trabajo, GS) (...)” (Marx, 1971, p.360).

5 La Anatomía de la Sociedad Civil

Recapitemos lo que venimos viendo hasta aquí:

- Smith se enfrenta al surgimiento de la sociedad moderna cuya manifestación que más lo maravilla es la inédita multiplicación de la riqueza de las naciones.

- En tanto Smith identifica al trabajo como la fuente creadora de esa riqueza, encontrará la explicación del incremento de los bienes disponibles para la satisfacción de las necesidades humanas en el crecimiento de las facultades productivas del trabajo, el cual está generado, a su vez, por la mayor división del trabajo (Cap. 1).

- En el capítulo siguiente (Cap. 2), investigará de dónde brota ese desarrollo de la división del trabajo y encontrará que deriva del despliegue gradual de la naturaleza humana, específicamente, de la “propensión natural al intercambio”

- En el capítulo 3, Smith argumentará que esa división del trabajo estará limitada por el tamaño del mercado, lo cual implica que la expansión de éste da mayor ímpetu a la división del trabajo.

Todo esto puede ser resumido en la siguiente “hoja de ruta” sobre la exposición de los primeros capítulos de la RN.

Naturaleza Humana

Propensión al Intercambio

Comportamiento Egoísta

División del Trabajo

Incremento en las Facultades Productivas del Trabajo

Multiplicación de la Riqueza de las Naciones

Ahora bien, la extendida división del trabajo, y la especialización que ella conlleva, hacen que ningún individuo pueda proveerse de sus necesidades con su propio trabajo y entonces, tendrá que recurrir para satisfacerlas necesariamente al intercambio. Dice Smith, en el comienzo del capítulo 4:

“Tan pronto como se hubo establecido la división del trabajo sólo una pequeña parte de las necesidades de cada hombre se pudo satisfacer con el producto de su propia labor. El hombre subviene a la mayor parte de sus necesidades cambiando el remanente del producto de su esfuerzo, en exceso de lo que consume, por otras porciones del producto ajeno, que él necesita. El hombre vive así, gracias al cambio, convirtiéndose, en cierto modo, en mercader, y la sociedad misma prospera hasta ser lo que realmente es, una sociedad comercial” (RN, p. 24).

En este brillante pasaje, Smith describe muy agudamente la sociedad en que vivía como una “sociedad comercial”. El intercambio mercantil se ha generalizado y todos son “en alguna medida un mercader”. Si esto es así, si la mercancía se ha convertido en el vínculo social exclusivo y excluyente: ¿Cómo mostrar la viabilidad y el funcionamiento de esta naciente sociedad civilizada? Se trata, responde Adam Smith, de encontrar los principios que rigen el intercambio de bienes, qué es lo que determina su valor de cambio. De esta forma, Smith va a estar definiendo lo que va a ser el objeto de la nueva ciencia que, sin saberlo, estaba fundando: la Economía Política. Y esta investigación, más allá de lo complejo de la empresa, cobra especial relevancia o, mejor, sólo cobra relevancia, porque nos enfrentamos a una *sociedad mercantil*, lo cual implica que los principios que rigen el intercambio son los principios que rigen *los movimientos de la sociedad toda*¹⁶¹⁷ (En realidad, en una primera aproximación, sólo de una de las esferas en las que se presenta la sociedad moderna: la sociedad civil, el mercado o la “economía”. Sin embargo, como señalará Marx años más tarde, también en la anatomía de ésta encontraremos la clave sobre la constitución y el movimiento de las formas políticas de esta sociedad: el Estado Moderno¹⁸).

“Ahora vamos a examinar cuáles son las reglas que observan generalmente los hombres en la permuta de unos bienes por otros, o cuando los cambian en moneda. Estas reglas determinan lo que pudiéramos llamar el valor relativo o de cambio de los bienes” (RN, p. 29).

A continuación Smith aclara el significado de eso que quiere investigar, el valor de cambio, oponiéndolo al valor de uso, de forma tal que no se generen confusiones. En particular, queda claro, partiendo de las mismas distinciones del lenguaje cotidiano de la época, que la mercancía posee dos atributos: la utilidad y la cambiabilidad.

“Debemos advertir que la palabra VALOR tiene dos significados diferentes, pues a veces expresa la utilidad de un objeto particular, y, otras, la capacidad de comprar otros bienes, capacidad que se deriva de la posesión de dinero. Al primero lo podemos llamar “valor en uso”, y al segundo, “valor

¹⁶ Creemos que aquí podemos encontrar una de las puertas por donde entrar a la solución al “problema de Adam Smith”. Efectivamente, si esos principios (los cuales, veremos, constituyen la “Ley del Valor”) aseguran que el movimiento de estos individuos-mercaderes resulta en una situación de bienestar general y progreso de la sociedad, es decir, acorde al orden armónico natural, se explicaría por qué su comportamiento egoísta no ofendería al “observador imparcial”. En otras palabras, no es que el mecanismo del observador imparcial haya dejado de actuar en la sociedad comercial, sino que ya no actúa *inmediatamente* en la conducta individual sino en forma *mediada* por la “mano invisible” del mercado, es decir, en el resultado social espontáneo de ese comportamiento atomizado y egoísta de los individuos (Ver Levín, 1999b).

¹⁷ “La economía política es la ciencia que tiene su origen en estos puntos de vista, pero que luego debe presentar la relación y el movimiento de la masa de elementos intervinientes en su determinatez y complejidad cualitativa y cuantitativa. Es una de las ciencias que han surgido en la época moderna como en su terreno más propicio. Lo interesante de su desarrollo es que muestra cómo el *pensamiento* (v. Smith, Say, Ricardo), a partir de la *infinita cantidad* de particularidades que inicialmente tiene ante sí, encuentra los principios simples de la cosa, el entendimiento que actúa en ella y la gobierna” (Hegel, *Filosofía del Derecho*, en Dotti, 1983).

¹⁸ “Mi investigación desembocó en el resultado de que tanto las condiciones jurídicas como las formas políticas no podían comprenderse por sí mismas (...), sino que, por el contrario, radican en las condiciones materiales de vida, cuya totalidad, agrupa Hegel, según el procedimiento de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, pero que era menester buscar la anatomía de la sociedad civil en la economía política” (Marx, 1980, p. 4).

en cambio”. Las cosas que generalmente tienen un gran valor en uso tienen escaso o ningún valor en cambio, y por el contrario, las que tienen un gran valor en cambio no tienen, muchas veces, sino un pequeño valor en uso, o ninguno” (RN, p. 30).

El primero de los elementos de esta investigación es, utilizando los términos del propio Smith, el problema de la “medida o precio real” de todos los bienes, al cual dedica el capítulo 5 de la RN. Por “medida real” del valor de las mercancías Smith entiende dos cosas que, si bien íntimamente relacionadas, son distintas: en primer lugar, está la cuestión del aspecto cualitativo del valor¹⁹, es decir, de cuál es la “fuente originaria” que le da ese atributo de la cambiabilidad a las mercancías; y en segundo lugar, está la cuestión de la magnitud de ese valor, de su determinación cuantitativa. Ahora bien, la respuesta que da Smith a esta problemática, su teoría del valor, está llena de confusiones, ambigüedades y contradicciones. Es por eso que la comprensión y exposición de la misma requiere de un arduo y detallado trabajo de reconstrucción de las idas y venidas conceptuales del autor, respecto de lo que, como señalará Ricardo unos años después, es el concepto fundamental de la economía política. Sólo de esta manera, creemos, se hace justicia a la riqueza y profundidad de los aportes smithianos sobre el tema. Por otro lado, sólo así se comprende la naturaleza de sus limitaciones.

6 La Ley del Valor en Adam Smith²⁰.

A pesar de que allí reside la comprensión del movimiento de la sociedad moderna, los principios que regulan el valor de cambio de las mercancías son extremadamente simples. Efectivamente, nos dice Smith, la medida real del valor de cambio de toda clase de bienes es el trabajo. Sin embargo, y a pesar de la simpleza de la cosa, ya desde los primeros párrafos del capítulo 5 comienza el enredo de Smith. A partir de este momento, el camino de Smith se bifurca. Por un lado, nos dirá, el trabajo que constituye la fuente y medida del valor de las mercancías es el lo que podemos denominar *trabajo comandado*. Con esto Smith se refiere a la cantidad de trabajo ajeno que podemos comandar en el mercado gracias a la mercancía que poseemos. Es decir, la cantidad de mercancías de propiedad de otros (productos del trabajo humano y, en consecuencia, trabajo materializado, muerto u objetivado²¹) que podemos adquirir a través del intercambio. En sus propias palabras:

“El valor de cualquier bien, para la persona que lo posee y que no piense usarlo o consumirlo, sino cambiarlo por otros, es igual a la cantidad de trabajo que pueda adquirir o de que pueda disponer por mediación suya” (RN, p. 31).

Pero por otra parte, sostiene Smith sólo unas líneas más adelante, el valor de las mercancías se determina por la cantidad de trabajo que lleva su producción, es decir, por el *trabajo incorporado* en la mercancía.

“El precio real de cualquier cosa, lo que realmente le cuesta al hombre que quiere adquirirla, son las penas y fatigas que su adquisición supone” (ibid.).

¹⁹ Tanto en este capítulo como en el de Ricardo, cuando utilicemos el término valor nos referiremos al valor de cambio. La distinción entre valor de cambio y valor sólo cobrará relevancia en el contexto del análisis de la obra de Marx.

²⁰ En el Anexo 3 se resume mediante un esquema el desarrollo de la teoría del valor trabajo de Adam Smith.

²¹ En realidad, aquí ya encontramos una ambigüedad que va a acompañar el concepto de trabajo comandado a lo largo de toda la exposición de Smith. Pues éste a veces parecería que Smith lo refiere no a la cantidad de “trabajo muerto” (las mercancías) que podemos disponer a través del intercambio, sino a la cantidad de “trabajo vivo” (la capacidad vida de trabajo del obrero, que en la sociedad capitalista toma la forma de mercancía) que puede obtener el capitalista a cambio del salario. Esta confusión no es trivial si tenemos en cuenta que lo que está en juego es el diferente tipo de relaciones bajo las cuales se enfrentan los individuos. En el primer caso (trabajo muerto comandado) los individuos se enfrentan como simples productores de mercancías. En el segundo (trabajo vivo comandado), como capitalista y obrero (Rubin, *op.cit.*).

Claramente, ambos conceptos son *cualitativamente* distintos y, sin embargo, son tratados por Smith como si fuesen idénticos. El carácter defectuoso de su exposición produce el mágico resultado de que los dos caminos paralelos se junten. Sin embargo, creemos, esta confusión es comprensible si pudiésemos concebir una situación en donde ambas categorías, si bien cualitativamente diferentes, coincidieran *cuantitativamente*. Es decir, si se intercambiaran *equivalentes*. Pero el análisis de esa situación supone no sólo la enunciación del principio general que rige el intercambio de mercancías, sino la explicación de la forma en que opera esa ley, lo cual, como no puede ser de otra manera, sucede con la mediación de la acción de los poseedores de mercancías. ¿Cómo se realiza según Smith ese proceso de cambio? La primera respuesta que nos da es muy sencilla: sólo vamos a intercambiar mercancías que “contienen el valor de una cierta cantidad de trabajo (...) por las cosas que suponemos encierran, en un momento determinado, la misma cantidad de trabajo” (ibid.). Un sencillo ejemplo nos va permitir mostrar más claramente qué es lo que, suponemos, Smith tenía en la cabeza cuando formulaba esta respuesta.

Consideremos la siguiente “economía de aldea” (en el espíritu de esa tribu de cazadores y pescadores que tantas veces se menciona en la RN) donde se intercambian pescados y conejos. Pescar un pez requiere 2 horas de trabajo, cazar un conejo, 1 hora de esfuerzo. Por otra parte, la composición técnica de ambos procesos de producción (la relación entre medios de producción y fuerza de trabajo que se requiere para ponerlo en marcha) se supone idéntica. Supongamos que tanto pescadores como cazadores conocen esta circunstancia y que ambos pueden fácilmente cambiar una actividad por otra. El precio relativo inicial será 1 a 2 (1 pescado por dos conejos). Analicemos ahora las siguientes disrupciones a ese estado de “equilibrio”:

1) *Perturbación debido a un cambio en los gustos*. Una parte de la aldea se vuelve vegetariana, rechazando el consumo de carnes rojas. Como es de prever, en el mercado hay un exceso de demanda de pescado, lo que permitirá a los pescadores exigir más conejos a cambio de cada pescado. El precio relativo se incrementa. Un cazador individual, llega al mercado y, perplejo, observa que le exigen 3 conejos para obtener un pescado. El cazador se siente estafado, le están pidiendo a cambio de dos horas de esfuerzo ajeno, tres del propio. Al día siguiente, en lugar de dirigirse al bosque, parte rumbo al río. El razonamiento es el mismo, prescindiendo del consumo del cazador. Aún si lo que deseara fuera consumir sólo conejos, su decisión sería idéntica. En una jornada de 8 horas puede cazar 8 conejos, sin embargo, si se dedicara a la pesca, obtendría 4 pescados, que concurrendo al mercado podría cambiar por 12 conejos. Si el número necesario de cazadores decide seguir su camino, rápidamente la demanda excedente de pescado se saciará, retornando el precio a su equilibrio-trabajo.

2) *Perturbación por cambio en la técnica (o en las condiciones de producción)*. Los precios relativos sí se modificarán si, por ejemplo, se inventa una forma más efectiva de atrapar peces. Mientras el cambio no se divulgue, los pescadores se beneficiarían con el cambio: si en virtud de la misma el tiempo de trabajo requerido se reduce a una hora, obtendrían por jornada el doble de producto en pescado. Si los cambian a la tasa anterior (1:2), por cada hora de trabajo propia obtendrían dos ajenas. Ni bien el cambio se divulgue, y hasta que ajuste la tasa de cambios, habrá cazadores que abandonarán los conejos y que se convertirán en pescadores, beneficiándose del cambio. Sin embargo, habrá pronto un exceso de oferta de pescado, lo que conducirá a que la tasa de cambio se reduzca, cuando ya no obtenga dos conejos sino sólo uno.

Como se puede ver, la regla opera, haciendo que las proporciones de cambio se adecuen finalmente a las cantidades relativas de trabajo invertido. Puede ser que, *en un momento dado*, las proporciones de cambio de las mercancías no se ajusten exactamente a sus valores-trabajo. De todas maneras, como lo ilustra el ejercicio anterior, éstos constituyen el “centro gravitatorio” que rige

tendencialmente el valor de cambio de las mercancías. De esta forma, trabajo comandado y trabajo incorporado coincidirán.

Ahora bien, a pesar de la claridad y simpleza de esta construcción analítica, la misma contiene un defecto fundamental que la inhabilita para reproducir adecuadamente el funcionamiento real de la “ley del valor”. Pues en todo el razonamiento se asumía implícitamente que cada poseedor de mercancía conocía el valor de las demás mercancías por las cuales quería cambiar la suya. En otras palabras, Smith sólo puede explicar la forma en que opera esta regla general que rige el intercambio mercantil con la introducción de ese supuesto de “conocimiento perfecto” por parte de los individuos que participan del proceso. Pero el problema es que si esos individuos están determinados como poseedores de mercancías es justamente por la ausencia total de conocimiento acerca de las condiciones en que los demás productores realizan su trabajo²². Era aquí donde residía la especificidad de la producción de mercancías; en el hecho de que la producción social se realiza a través de *trabajos privados e independientes* los unos de los otros. Entonces, lo que esta primera solución de Smith supone es introducir algún elemento de regulación consciente en una sociedad cuya característica distintiva es regir su propia reproducción en la forma contraria, es decir, *inconscientemente*²³.

Y efectivamente, Smith se da cuenta de que si bien la ley del valor opera, no lo hace a través de la conciencia de los individuos mercantiles.

“Pero aunque el trabajo es la medida real del valor en cambio de todos los bienes, generalmente no es la medida práctica por la cual se estima ese valor. Con frecuencia es difícil averiguar la relación proporcional que existe entre cantidades diferentes de trabajo (...) ésta, es una noción abstracta, que aun siendo bastante inteligible, no es tan natural y obvia” (RN, pp. 32/33).

Es por eso que inmediatamente se le presenta la necesidad de encontrar una forma práctica de estimar los valores de las mercancías para que los individuos puedan efectivizar con su comportamiento el funcionamiento de la ley del valor. Y aquí, entonces, el camino de Smith se bifurca nuevamente. Pues paralelamente a la cuestión de la “medida real” del valor, va a desarrollar el problema de la *medida práctica* más adecuada para estimar el valor de las mercancías, lo cual, dicho sea de paso, le absorberá su atención por casi todo el capítulo 5. ¿Cuál es el criterio, según Smith, para juzgar la adecuación de la medida práctica del valor?.

“Ahora bien de la misma manera que una medida que estuviere siempre cambiando su longitud como el pie natural, el palmo o el brazo, no podría ser jamás una medida exacta de otras cosas, así una mercadería que varía continuamente en su propio valor, nunca podrá ser medida exacta del valor de otros artículos” (RN, p. 33).

²² Lo cual es más grave si pasamos del mundo ideal de la economía de aldea smithiana al mundo real de la producción mercantil generalizada donde, debido a la gran multiplicación de la división social del trabajo que el mismo Smith festejaba, la cantidad de mercancías que compra cada individuo se incrementa consecuentemente.

²³ No es la primera vez que encontramos a Smith realizando esta operación (recordar la representación de la sociedad mercantil como una gran fábrica). De hecho, su incapacidad para dar cuenta todas las mediaciones a partir de las cuales se impone ese proceso que opera a espaldas de los individuos (en particular, su imposibilidad de comprender el fetichismo de la mercancía, el hecho de que los individuos en la sociedad capitalista son personificaciones de las categorías económicas) lo lleva permanentemente a tratar de articular el todo social con la conciencia individual del poseedor de mercancías como punto de partida en lugar de como producto del mismo. Por eso es muy común, cuando trata la determinación del valor de las mercancías, encontrar a Smith utilizando expresiones como esta: *“Lo que realmente vale para el que va la ha adquirido y desea disponer de ella, o cambiarla por otros bienes, son las penas y fatigas de que lo libarán, y que podrá imponer a otros individuos”* (RN, p.31, el subrayado es nuestro). Claramente, en lugares como este Smith encara el problema del valor desde una perspectiva *subjetiva individual*, sin poder dar cuenta de la objetividad social que lo constituye.

De lo que se trata, entonces, es de encontrar un *medida invariable* del valor de las mercancías. Es así que Smith emprende la búsqueda de una mercancía con la virtud de que su valor sea invariable y que, en consecuencia, cumpla eficientemente con su función de estimar el valor de las demás mercancías. De entre todas las mercancías que analiza Smith (cualquier otra mercancía al azar por la que se cambia cierta mercancía cuando el intercambio no está muy desarrollado, el oro y la plata²⁴ en tanto dinero, el trigo, etc.) termina eligiendo al trabajo. ¿Pero en qué sentido el “valor del trabajo”²⁵ es invariable? De hecho, en su acepción cotidiana, el valor del trabajo refiere al salario, el cual fluctúa permanentemente como el precio de cualquier mercancía. Sin embargo, nos dice Smith, esto no es así: el valor del trabajo está determinado por las horas de felicidad y libertad que sacrifica el obrero durante su jornada laboral.

“Iguales cantidades de trabajo, en todos tiempos y lugares tienen, según se dice, el mismo valor para el trabajador. Presuponiendo un grado normal de salud, de fuerza y de temperamento, de aptitud y destreza, ha de sacrificar siempre la misma proporción de comodidad, de libertad y de felicidad.” (RN, p. 33/34).

Por supuesto, el argumento de Smith es, en cierto sentido, circular. Antes nos había dicho que la medida real del valor de las mercancías estaba dada por las horas de trabajo necesarias para su producción, es decir, por el trabajo incorporado. Pero en el caso del trabajo la cosa se complica porque ¿cuánto trabajo hay incorporado en el trabajo? Claramente, diez horas de trabajo de un obrero representan diez horas de trabajo. Pero esto es una tautología y no una explicación sobre la determinación del valor del trabajo y, mucho menos, de su invariabilidad. Smith trata de salir de este embrollo apelando, nuevamente, a un giro subjetivista. Porque parecería que lo que determina el valor del trabajo es la percepción subjetiva del trabajador del sacrificio de su ocio. En este sentido, 10 horas de trabajo son siempre la misma molestia para el obrero, esté en la India o en Inglaterra, en 1776 o en 1914²⁶. Por supuesto, esto se da de patadas con el sentido común de

²⁴ Es interesante el argumento que da Smith para descartar el oro y la plata. Lo que sostiene es que su valor es variable en tanto la productividad del trabajo minero cambia y con ella lo hace el trabajo necesario para la producción del oro y la plata. Esto claramente implica su adhesión a la teoría del valor trabajo incorporado. De hecho, casi siempre que Smith se enfrenta al problema de los *cambios* en el valor de la mercancía tiende a atribuirlos a una disminución en el trabajo incorporado (Rubin, 1979).

²⁵ Ponemos las comillas por lo irracional de la expresión. Como veremos más adelante con Marx, lo que el capitalista compra al trabajador y, en consecuencia, lo que reviste la forma de mercancía, es la fuerza de trabajo del obrero, su capacidad laboral. El trabajo, es la efectivización de esa capacidad, la apropiación del valor de uso de esa mercancía. La primera se distingue del segundo, "del mismo modo en que, en el caso de una botella de vino que se compra, el valor de uso tan sólo se realiza en el acto beber el vino. El trabajo mismo está tan poco incluido en el acto de la circulación simple (en el acto de compra-venta, GS) como el acto de beber (y por eso no puede tener valor o precio, GS). El vino como capacidad, es algo potable, y la compra del vino apropiación de eso que es potable" (Marx, 1976, p. 217). Hecha esta aclaración, seguiremos utilizando la expresión valor del trabajo, que es la que usa Smith, obviando las comillas.

²⁶ Esta identificación del trabajo con el displacer es otro de los momentos naturalizantes de Adam Smith. Es cierto que en la sociedad capitalista el trabajo se le presenta al obrero como forzado e impuesto y, en consecuencia, como algo opuesto a la libertad. Sin embargo, este carácter del trabajo brota de su forma específicamente capitalista y no es una determinación general suya. De hecho, el trabajo, en tanto actividad vital consciente es lo que le da a los humanos la potencialidad de la libertad.

"Que el individuo, "en su estado normal de salud, vigor, actividad, habilidad, destreza", tenga también la necesidad de su porción normal de trabajo, y de la supresión del reposo, parece estar muy lejos de su pensamiento: A no dudarlo, la medida misma del trabajo se presenta como dada exteriormente, por medio del objetivo a alcanzar y de los obstáculos que el trabajo debe superar para su ejecución. Pero que esta superación de obstáculos es de por sí ejercicio de la libertad - y que además a los objetivos exteriores se les haya despojado de la apariencia de la necesidad natural meramente exterior, y se les haya puesto como objetivos que no es sino el individuo mismo el que pone, o sea como autorrelación, objetivación del sujeto, por ende libertad real cuya acción es efectivamente el trabajo - [[de todo esto]] A. Smith no abriga tampoco la menor sospecha. Tiene razón, sin duda, en cuanto (...) a las formas históricas del trabajo - como trabajo esclavo, servil, asalariado (...)" (Marx, 1972, p. 119),

cualquier persona que vive en una sociedad capitalista, para quien el valor del trabajo es, en términos nominales, el salario monetario que recibe el trabajador y, en términos reales, la capacidad adquisitiva de esa suma de dinero en términos de bienes (el salario real), el cual, obviamente, está sujeto a las mismas variaciones que el precio de cualquier mercancía. Smith, dándose cuenta de esto, intenta adelantarse a las evidentes objeciones que necesariamente se levantarían contra su argumento, diciéndonos que la idea de que el valor del trabajo es variable brota de las apariencias de la concepción vulgar que ve las cosas desde la perspectiva del capitalista quien, ciertamente, unas veces paga más y otras menos por el trabajo del obrero. Sin embargo, agrega, no es el valor del trabajo el que está variando en esas circunstancias, sino el valor de las otras mercancías que compra el obrero.

“Pero, aunque para el trabajador siempre tengan igual valor idénticas cantidades de trabajo, no ocurre así con la persona que lo emplea, pues para ella tiene unas veces más, y, otras, menos valor. Las compra, en unas ocasiones, con una mayor cantidad de bienes, y en otras, con menor cantidad de los mismos, por lo cual se hace la idea de que el precio del trabajo varía como el de todas las demás cosas, siendo unas veces caro y otras barato. En realidad, son los bienes los que son caros o baratos, en un caso o en otro” (RN, p. 34).

Sin lugar a dudas, y *pace* Smith, el sentido común tiene aquí razón: el valor del trabajo (sea en términos nominales, sea en términos reales) está sujeto a continuas variaciones. Smith está preso de una gran confusión. Vale la pena detenerse un poco en este tema por las consecuencias que traerá después en su propio desarrollo teórico. Desde nuestra óptica, aquí aparece el problema principal e insalvable en su teoría del valor trabajo que lo llevará a abandonarla en el capítulo siguiente: *encuentra una mercancía donde trabajo comandado y trabajo incorporado no coinciden*. El valor del trabajo, desde su perspectiva, siempre es igual (el esfuerzo no cambia), siempre cuesta lo mismo al trabajador (tiene el mismo trabajo incorporado) y, sin embargo, obtiene a cambio (trabajo comandado) cantidades distintas de bienes. Si ese esfuerzo es en realidad el trabajo incorporado en la mercancía que vende, la fuerza de trabajo, entonces el trabajo incorporado aparentemente difiere del trabajo comandado. Si es así, entonces lo único que está constatando Smith es que el trabajo que incorpora el obrero es distinto a la remuneración que recibe. El trabajo que el obrero vende ya no le pertenece a él, sino al capitalista.

Sea como sea, lo cierto es que Smith termina quedándose con el trabajo como medida práctica adecuada del valor.

“En toda época y circunstancia es caro lo que resulta difícil de adquirir o cuesta mucho trabajo obtener, y barato lo que se adquiere con más facilidad y menos trabajo. Por consiguiente el trabajo, que no cambia nunca de valor, es el único y definitivo patrón efectivo, por el cual se comparan y estiman los valores de todos los bienes, cualesquiera sean las circunstancias de lugar y de tiempo” (RN, p. 34).

Y más adelante, luego de estudiar y descartar la posibilidad de que los granos desempeñen la función de medida invariable del valor, agrega:

“Parece, pues, evidente que el trabajo es la medida universal y más exacta del valor, la única regla que nos permite comparar los valores de las diferentes mercancías en distintos tiempos y lugares. Todo el mundo admite que no podemos estimar el valor real de las cosas, de un siglo a otro, por las cantidades de plata que se hayan dado por ellas, ni tampoco por las cantidades de grano que se den, de un año al siguiente. Pero por las cantidades de trabajo sí que podemos estimarlo de un año a otro, y de siglo a siglo, con la mayor exactitud posible” (RN, p. 37).

En resumen, a pesar de las idas y venidas, parecería que finalmente Smith, en sus propios términos, pisa terreno firme: el trabajo es la medida invariable del valor de las demás mercancías. ¿Pero es esto realmente así? Lamentablemente, la respuesta es negativa. Queda todavía cierta ambigüedad en la argumentación de Smith. Pues este trabajo que se erige en medida práctica del valor de las mercancías, ¿es el trabajo comandado o el trabajo incorporado? En el capítulo 5 esta pregunta no está respondida. Sin embargo, en el capítulo 6, luego de haber abandonado al trabajo en tanto "medida real" del valor encontramos los elementos para aclarar la cuestión, en tanto Smith afirma que a pesar de que en la sociedad civilizada el valor pasa a determinarse por la adición de salario, ganancia y renta, el valor de cada uno de estos elementos sigue "estimándose" por el trabajo que cada uno de ellos puede comandar.

"El valor real de todas las diferentes partes que componen el precio se mide, según podemos observar, por la cantidad de trabajo que cada una de esas porciones dispone o adquiere. El trabajo no sólo mide el valor de aquella parte del precio que se resuelve en trabajo, sino de aquella otra que se traduce en renta y en beneficio" (RN, p. 49).

7 El Abandono de la Teoría del Valor Trabajo

Tal como lo había anunciado en el final del capítulo 4, Smith se dedicará en el capítulo 6 a investigar el problema de la distribución, es decir, "los elementos que componen el precio de las mercancías". Y van a ser las dificultades con las cuales se tropieza en esta empresa las que lo van a llevar a abandonar la teoría del valor trabajo y a adoptar la "teoría de los costos de producción" o "teoría aditiva del valor". Como veremos, estas dificultades las arrastra Smith desde el capítulo anterior y, en particular, están relacionadas con el ya mencionado tratamiento confuso de esa mercancía tan especial: la fuerza de trabajo.

Smith comienza su análisis con una de las formulaciones más claras y rigurosas de la teoría del valor trabajo que podemos encontrar en toda la RN.

"En el estado primitivo y rudo de la sociedad, que precede a la acumulación de capital y a la apropiación de la tierra, la única circunstancia que puede servir de norma para el cambio recíproco de diferentes objetos parece ser la proporción entre las distintas clases de trabajo que se necesitan para adquirirlos. Si en una nación de cazadores, por ejemplo, cuesta usualmente doble trabajo matar un castor que un ciervo, el castor, naturalmente, se cambiará por o valdrá dos ciervos. Es natural que una cosa que generalmente es el producto del trabajo de dos días o de dos horas valga el doble que la que es consecuencia de un día o de una hora" (RN, p. 47).

Sin embargo, toda esa claridad no hace que Smith la mantenga dentro de ciertos límites. Pues como se desprende de la cita anterior, queda claro que está restringiendo la operación de la "ley del valor trabajo" al estado rudo y primitivo de la sociedad, esa inexistente economía de aldea donde los cazadores y pescadores intercambian los productos de sus respectivos trabajos como mercancías. Allí, obviamente, el problema de la distribución no se presenta y es por eso, veremos, que puede sostener lo desarrollado en el capítulo previo. Y no sólo esto. De hecho, todos los aspectos de su teoría, que hasta ahora aparecían mezclados y confusos (sobre todo en los primeros párrafos del capítulo 5), son formulados aquí con gran rigurosidad. En efecto, Smith diferenciará claramente entre el concepto de trabajo incorporado y el de trabajo comandado, y establecerá sin ambigüedades la relación existente entre ambos. El trabajo incorporado, constituido en fuente del valor de las mercancías (su medida real), regulará las proporciones de cambio de las mercancías y, en consecuencia, el trabajo ajeno que cada una de ellas pueda comandar (su medida práctica).

"En este estado de cosas el producto íntegro del trabajo pertenece al trabajador, y la cantidad de trabajo comúnmente empleada en adquirir o producir una mercancía es la única circunstancia que puede regular la cantidad de trabajo ajeno que con ella se puede adquirir o permutar" (RN, p. 47).

Hasta aquí el desarrollo más preciso de Smith acerca del problema de la determinación del valor de las mercancías. No obstante, a partir de este momento, los límites de la exposición de Smith empiezan a manifestarse. La transformación de ese "estado rudo y primitivo" en la moderna sociedad capitalista (su verdadero objeto de estudio) lo enfrentará al problema de la distribución del valor contenido en la mercancía, en tanto lo que caracterizará a la segunda es la separación del productor respecto de las condiciones objetivas de producción (los medios de producción²⁷).

"Mas tan pronto como el capital se acumula en poder de personas determinadas, algunas de ellas procuran regularmente emplearlo en dar trabajo a gentes laboriosas, suministrándoles materiales y alimentos, para sacar un provecho de la venta de su producto o del valor que el trabajo incorpora a los materiales. Al cambiar un producto acabado, bien sea por dinero, bien sea por trabajo, o por otras mercaderías, además de lo que sea suficiente para pagar el valor de los materiales y los salarios de los obreros, es necesario que se de algo por razón de las ganancias que corresponden al empresario, el cual compromete su capital en esa contingencia" (RN, p. 48).

Smith identifica acertadamente, entonces, cuál es la premisa de la sociedad capitalista: la concentración de los medios de producción bajo la forma de propiedad privada de la clase capitalista, lo cual les otorga el derecho de recibir como ingreso una ganancia, y la existencia de una clase obrera que no dispone más que de su capacidad de trabajo y que, por ende, debe ofrecerla como mercancía a cambio de un salario para poder subsistir. Y esto, que a esta altura de la civilización capitalista puede parecer trivial y evidente, constituye en la época en que aparece la Riqueza de las Naciones una gran innovación en el conocimiento científico de esta sociedad. Efectivamente, es un gran mérito de Smith ser el primero en poner en claro cuáles son las clases sociales fundamentales que constituyen la sociedad moderna y sus respectivos intereses²⁸: los capitalistas, que obtienen una ganancia por la inversión de su capital; los obreros, que reciben un salario; y, agregará más adelante, los terratenientes, los cuales se apropian de una parte del producto en la forma de renta de la tierra. Como señala Clarke (1991) el objetivo principal de esta distinción es encontrar la mejor forma de conciliar estos intereses. Recordemos que el propósito que mueve la obra de Smith es dar cuenta de la viabilidad del orden social capitalista, lo cual requiere mostrar no sólo las formas en que se articula ese maravilloso incremento en las riquezas de las naciones, sino el hecho de que esa mayor cantidad de riqueza social se desparramará entre todos los miembros de la sociedad de forma de permitir su propia reproducción.

Ahora bien, como en casi toda su obra, los momentos iluminados de Smith siempre vienen acompañados de su lado oscuro. Pues dada la existencia de esas clases sociales, es inmediata la pregunta acerca del origen de esa separación, lo cual equivale a indagar sobre la génesis histórica de la producción capitalista. Y aquí Smith no va a poder elevarse por encima de su limitada mirada burguesa, adoptando la construcción ideológica que remonta la *acumulación primitiva* de capital a la existencia pretérita de un grupo de personas muy ahorrativas y trabajadoras que, gracias a su diligencia y prudencia, lograron concentrar grandes masas de riqueza en sus manos, mientras que otros individuos, holgazanes y derrochones, perdieron todas sus posesiones quedándose únicamente

²⁷ Los cuales sólo gracias este divorcio se transforman en *capital*. Vamos a ver que Smith, como toda la economía política va a identificar el capital con los medios de producción. Es esta otra de las manifestaciones de su naturalización de las relaciones sociales capitalistas. De la misma manera que los productos del trabajo no son por naturaleza mercancías, tampoco los medios de producción son por naturaleza capital. Sólo en determinadas condiciones sociales y, en consecuencia, históricamente determinadas, adquieren esa forma social.

²⁸ De hecho, sus antecesores inmediatos, los fisiócratas no lo habían logrado, confundiendo la división en clases de la sociedad con la división social del trabajo entre industria y agricultura.

con su "trabajo" como única propiedad (Rubin, op. cit.). Sin embargo, como mostrará Marx años más tarde en *El Capital*, "en la historia real el gran papel lo desempeñan, como es sabido, la conquista, el sojuzgamiento, el homicidio motivado por el robo: en una palabra, la violencia. En la economía política, tan apacible, desde tiempos inmemoriales ha imperado el idilio. El derecho y el "trabajo" fueron desde épocas pretéritas los únicos medios de enriquecimiento, siempre a excepción, naturalmente, de "este año". En realidad, los métodos de la acumulación originaria son cualquier cosa menos idílicos" (Marx, 1975b, p. 892).

El origen de la sociedad capitalista no agota las preguntas respecto de la aparición del capitalista y la ganancia. Al contrario, aparece aquí una cuestión fundamental. Es evidente que los empresarios reciben un beneficio por su adelanto de capital pero, ¿de dónde brota ese plusvalor (es decir, la suma adicional de valor que obtienen por encima de la invertida inicialmente)? La teoría de Smith estará, nuevamente, plagada de contradicciones. Por un lado, barruntará la explicación correcta que pone el fundamento del plusvalor en la apropiación de trabajo ajeno (explotación) por parte del capitalista. En efecto, si según la teoría del valor trabajo éste es la única fuente de valor, entonces la ganancia no puede ser otra cosa que apropiación por parte del capitalista de una parte del valor creado por el obrero.

"El valor que el trabajador añade a los materiales se resuelve en dos partes; una de ellas paga el salario de los obreros, y la otra las ganancias del empresario, sobre el fondo entero de materiales y salarios que adelanta" (RN, p. 48).

La afirmación es contundente y parece no haber dudas de que Smith está balbuceando el contenido real del plusvalor como trabajo impago del obrero. Sin embargo, inmediatamente a continuación parece dar marcha atrás. Es el dinero invertido mismo el que aparece teniendo la bendita capacidad de engendrar una ganancia para el capitalista, con prescindencia de su relación con el trabajo. Y esa potencia deriva del hecho de que el capitalista debe tener algún "incentivo" a invertir dados los riesgos que implica el adelanto de su capital para la producción de una mercancía cuya venta no está asegurada como tampoco lo está el precio al que se cambie. En última instancia, parece derivarse de la voluntad misma del capitalista, de su interés subjetivo para llevar adelante la inversión.

"Al cambiar un producto acabado, bien sea por dinero, bien por trabajo, o por otras mercaderías, además de lo que sea suficiente para pagar el valor de los materiales y los salarios de los obreros, es necesario que se dé algo por razón de las ganancias que corresponden al empresario, el cual compromete su capital en esta contingencia (...) El empresario no tendría interés alguno en emplearlos si no esperase alcanzar con la venta de su producto algo más de lo suficiente para reponer su capital, ni tendría tampoco interés en emplear un capital considerable, y no otro más exiguo, si los beneficios no guardasen cierta proporción con la cuantía de su capital" (ibid.).

Es claro que ambos argumentos, puestos uno al lado del otro, se excluyen mutuamente. Analizando la determinación cuantitativa del mismo quedará mucho más claro. Si el contenido del plusvalor está dado por el plustrabajo (es decir, por el valor producido por los obreros por encima del equivalente de su salario) que la clase capitalista se apropia de la clase obrera, es evidente que la ganancia total de los capitalistas sólo puede incrementarse si, dado el salario, se incrementa la duración de la jornada laboral y/o la cantidad de jornadas laborales simultáneas puestas en movimiento. En el primero de los casos, en particular, esa ganancia aumentaría sin ningún capital adicional²⁹. En el segundo, si bien se requiere una mayor inversión de capital, esta se realiza en la forma de salarios, es decir, en la parte del capital que tiene como resultado la apropiación de la

²⁹ En realidad, se necesitaría cierta inversión adicional en materias primas. Pero lo que es claro, es que el incremento de la masa de ganancias sería más que proporcional al mayor adelanto de capital.

sustancia del valor, el trabajo, no sólo en una cantidad suficiente para reproducir ese valor adelantado como pago a los obreros, sino en una cantidad excedente. Por el contrario, si la ganancia se derivara del riesgo que asume el capitalista y, en consecuencia, fuese proporcional al adelanto de capital (dado que mayor capital comprometido implica mayor riesgo), un incremento de la inversión debería producir una ganancia mayor, *con prescindencia de la composición de ese adelanto de capital*. Es decir, la ganancia debería incrementarse aunque todo el capital adicional se destinara a la compra de medios de producción.

Cabe mencionar, de todas maneras, que esta contradicción a la que se enfrenta Smith no es más que el reflejo, en la teoría, de las contradicciones reales de la sociedad capitalista. Efectivamente, como señala en un primer momento, el contenido real del plusvalor está dado por el trabajo excedente que los obreros entregan, sin equivalente, a los capitalistas. Sin embargo, esta naturaleza esencial del plusvalor revelada si penetramos en la fisiología interna de la sociedad burguesa, queda oculta o mixtificada, por la forma en que se manifiesta en la superficie de la misma. Allí, en el reino de las apariencias, el plusvalor se manifiesta como el ingreso que recibe el capitalista y que está producido independientemente por su capital más allá de toda relación con el trabajo vivo del obrero. En otras palabras, el plusvalor aparece en una forma tal donde el fundamento que lo constituye está negado, transformado en algo distinto de sí mismo: *en la forma de la ganancia*. Esta es, en resumen, la forma fenoménica del plusvalor.

La debilidad de Smith, que lo lleva a elaborar dos teorías contradictorias respecto del origen del plusvalor remite, en realidad, a su defectuoso método de exposición. Si bien, por un lado, la misma tiene, por momentos, la potencia para captar ciertas relaciones esenciales de la sociedad capitalista, Smith pasa, sin ningún tipo de mediación o de pasos intermedios, a las formas en que aquéllas se manifiestan en la superficie de la sociedad, poniendo una al lado de la otra como si se tratara exactamente de lo mismo. Es esta oscilación acrítica de Smith entre naturaleza interna de las cosas y su forma de aparición, donde su existencia está "desconectada de las conexiones ocultas y de los eslabones intermedios que sirven de mediadores" (Marx 1980c, p. 403), lo que lo lleva a semejantes antinomias³⁰.

Sea como sea, estas confusiones no le impiden a Smith dejar en claro la falsedad de lo que muchos de sus contemporáneos sostenían acerca del origen de la ganancia, a saber: que la ganancia no era más que el salario que recibía el empresario por su trabajo de dirección y vigilancia. Si esto fuese así, dice Smith, dos capitalistas que realizan un trabajo de dirección similar pero que invierten capitales de distinta magnitud deberían recibir, aproximadamente, el mismo ingreso bajo la forma de ganancia. Pero esto se da de patadas con el hecho evidente de que si la tasa de ganancia es, supongamos, del 10%, un capital de 1000 libras arrojará una ganancia de 100 libras, mientras que uno de 7300 permitirá apropiarse de un beneficio por 730 libras.

Sin embargo, lo que sí le van a impedir a Smith estas contradicciones es pisar terreno firme en la teoría del valor. Más precisamente, la aparición del problema de la distribución va a llevarlo, tal como mencionamos al comienzo de este apartado, a abandonar la teoría del valor trabajo y a reemplazarla por la teoría de los costos de producción. La primera registró el movimiento de la

³⁰ "Smith, por su parte, se mueve con gran simplismo en una continua contradicción. De una parte, indaga la concatenación interior entre las categorías económicas o la trabazón oculta del sistema económico burgués. De otra parte, coloca al lado de esto la concatenación que aparentemente se da en los fenómenos de la competencia y que se ofrece a la vista del observador no científico, y a los ojos del observador prácticamente interesado y obsesionado por el proceso de producción burguesa. Estos modos de concebir - uno de los cuales penetra en la concatenación interna, en la fisiología del sistema burgués, por así decirlo, mientras que el otro se limita a describir, catalogar, relatar y colocar bajo determinaciones conceptuales esquemáticas lo que al exterior se manifiesta en el proceso de vida - no discurren en A. Smith paralelamente y sin relación alguna entre sí, sino que se entrecruzan y se contradicen continuamente. En él, esto se halla justificado (...) puesto que se proponía, en realidad, dos cosas. De una parte, trataba de penetrar en la fisiología interna de la sociedad burguesa y, de otra parte, pretendía, en parte, describir por primera vez las formas de vida en que se manifiesta exteriormente, exponer su concatenación externa y, en parte, encontrar la nomenclatura y los conceptos intelectivos adecuados a estas manifestaciones, tratando así de reproducirlas en parte, por vez primera, en el lenguaje y en el proceso discursivo" (Marx, 1980, p.145/6),

sociedad sólo en el estado rudo y primitivo, mientras que la segunda registrará el funcionamiento de la sociedad civilizada, donde "el producto íntegro del trabajado no siempre pertenece al trabajador; ha de compartirlo, en la mayor parte de los casos, con el propietario del capital que lo emplea" (RN, p. 49). Es esta circunstancia, afirma Smith, la que hace que ya no sea la cantidad de trabajo incorporado la que regula la cantidad de trabajo comandado por las mercancías.

"La cantidad de trabajo que se gasta comúnmente en adquirir o producir una mercancía no es la única circunstancia que regula la cantidad susceptible de adquirirse con ella, permutarse o cambiarse. Evidentemente hay una cantidad adicional que corresponde a los beneficios del capital empleado en adelantar los salarios y suministrar los materiales de la empresa" (ibid.).

El problema de Smith está en sus dificultades para lidiar con la introducción en el análisis del intercambio entre el capitalista y el obrero, dadas las particularidades de la mercancía que este último ofrece (la fuerza de trabajo). ¿En qué sentido puede decir que ahora ya no es el trabajo incorporado lo que regula el valor de cambio de las mercancías? Para entender esto, es conveniente que miremos las cosas tal como realmente son, para ver que no hay ningún inconveniente con la ley del valor trabajo por la aparición de la mercancía fuerza de trabajo y que, en consecuencia, la necesidad del abandono de aquella debe originarse en alguna confusión de Smith.

El capitalista compra al trabajador la disposición por cierto tiempo de su fuerza de trabajo (y no el trabajo, ver más arriba la nota al pie 23) a cambio de lo cual debe entregarle una cierta cantidad de dinero, el salario, con el cual el obrero comprará luego sus medios de subsistencia. Es decir, el salario no es más que la representación dineraria de estos últimos, los cuales, suponemos, alcanzan para que el obrero reproduzca su fuerza de trabajo en las condiciones normales para ponerla en venta nuevamente con los mismos atributos que antes. Con lo cual, el valor de la fuerza de trabajo estará determinado por el valor de esos medios de subsistencia, el cual estará determinado, a su vez, por el tiempo de trabajo que requiere su producción. Por supuesto, si ese capitalista se comporta como tal, pondrá en movimiento la fuerza de trabajo del obrero por más tiempo que el necesario para reproducir el equivalente de valor del salario, obteniendo así un plusvalor. En este sentido, el trabajo muerto materializado en el salario "comandaré" *en el proceso de producción* de la mercancía una mayor cantidad de trabajo vivo. Es esta diferencia entre trabajo incorporado y trabajo comandado lo que claramente perturba a Smith. Sin embargo, no encontramos ninguna diferencia cuantitativa entre ambas categorías en lo que hace al *proceso de cambio* de las mercancías, dentro del cual, a pesar de la existencia del plusvalor, se siguen intercambiando equivalentes. En lo que hace a los actos de compra-venta del capitalista, él vende la mercancía que produjo el obrero por su valor, es decir, comanda con ella una suma de dinero que representa una cantidad de trabajo idéntica a la que está incorporada en su mercancía. Por otro lado, cuando compra la fuerza de trabajo del obrero, suponemos que lo hace por su valor y, en este sentido, también comanda con el capital adelantado en forma de salario una mercancía que encierra la misma cantidad de trabajo incorporado que aquél. Además, este último acto es, visto desde la perspectiva del obrero, la venta de su fuerza de trabajo, con lo cual también se aplica aquí lo dicho recién desde la perspectiva del capitalista. Como vemos, la introducción del intercambio entre capitalista y obrero, no deroga en ningún sentido la ley del valor trabajo como forma de regular el cambio de las mercancías.

La confusión de Smith, que lo lleva a afirmar lo contrario, se origina en dos defectos de su exposición respecto de este tema. En primer lugar, porque a pesar de que él mismo, tal como queda demostrado en momentos posteriores de su obra, "sabía perfectamente que el tiempo de trabajo que el obrero necesita para reproducirse y mantenerse es algo muy distinto del trabajo que el obrero puede rendir" (Marx, 1980a, p. 65), contraponen aquí directamente al capital con el trabajo, en vez de contraponerlo a la fuerza de trabajo. Es por eso que se refiere al salario que adelanta el capitalista como el "valor del trabajo". En segundo lugar, porque toma como sinónimos a este valor del trabajo y a la cantidad de trabajo incorporada en la producción de la mercancía. Siendo así, es evidente que

está última ya no va ser lo único que regule las proporciones de cambio de la mercancía, puesto que se va a necesitar una suma adicional de valor para la ganancia del capitalista.

Ahora bien, ¿por qué podría Smith tomar como idénticas la cantidad de trabajo con el valor del trabajo? Básicamente, por haber introducido en su análisis previo la ficción analítica del "estado rudo y primitivo de la sociedad". Allí es evidente que, en tanto el producto del trabajo pertenece íntegramente al obrero, todo el trabajo que incorpore en la producción de las mercancías que lleve al mercado, suponiendo que intercambia equivalentes, constituirá su remuneración, es decir, el valor de su trabajo. Por eso, Smith podía referirse indistintamente a la cantidad de trabajo y al valor del trabajo como el regulador de las proporciones de cambio de las mercancías. Pero cuando pasa al estado civilizado de la sociedad se enfrenta al problema de que la remuneración del obrero no agota el valor de la mercancía. Y en lugar de concluir, como hace en un primer momento, que el capitalista se apropia de una parte del valor añadido por el trabajador, afirma que la cantidad de trabajo (tomada erróneamente como sinónimo del salario) ya no es la única fuente del valor de cambio de las mercancías.

"En un país civilizado son muy pocas las mercancías cuyo valor en cambio se deba únicamente al trabajo, porque en la mayoría de ellas entran en bastante proporción la renta y el beneficio, de donde resulta que el producto anual de su trabajo es siempre suficiente para comprar o disponer de una mayor cantidad de trabajo del que se emplea en obtener, manufacturar y transportar el producto al mercado" (RN, p. 53).

De aquí en más el valor de la mercancía estará constituido por tres fuentes independientes: el salario, el beneficio y la renta³¹.

"Salarios, beneficio y renta son las tres fuentes originarias de toda clase de renta y de todo valor de cambio. Cualquiera otra clase de renta se deriva, en última instancia, de una de esas tres" (RN, p. 51/52).

Es así como Adam Smith abandona la teoría del valor trabajo para adoptar la teoría de los costos de producción o teoría aditiva del valor. Según esta última, el valor de la mercancía (M) se determina por la suma de las magnitudes del salario (S), el beneficio (B) y la renta (R), y se puede representar, entonces, a través de la siguiente fórmula: $M = S + B + R$. Los diferentes ingresos de las clases sociales se determinan, a su vez, cada uno en forma independiente del otro. Este cambio en la teoría del valor, como veremos a continuación, tiene consecuencias importantes en la concepción de Smith acerca de la naturaleza de la sociedad moderna.

8 Las consecuencias del abandono de la teoría del valor trabajo.

Decíamos más arriba que una de las características metodológicas de Smith que imponían límites a su comprensión de la naturaleza de la sociedad moderna, era la constante oscilación entre la investigación de las relaciones y leyes esenciales del capitalismo y la descripción de las formas invertidas en que éstas se manifiestan necesariamente para la observación inmediata de los agentes

³¹ Esta renta surge, para Smith, por la propiedad privada de los terratenientes de ese tercer "factor de producción" que es la tierra y se constituye, en consecuencia, en el tercer elemento componente del precio de las mercancías. Dice Smith: "Desde el momento en que las tierras de un país se convierten en propiedad privada de los terratenientes, éstos, como los demás hombres, desean cosechar donde nunca sembraron, y exigen una renta hasta por el producto natural del suelo. La madera del bosque, la hierba del campo y todos los frutos naturales de la tierra que, cuando ésta era común, sólo le costaban al trabajador el esfuerzo de recogerlos, comienzan a tener, incluso para él, un precio adicional. Ha de pagar al terrateniente una parte de lo que su trabajo produce o recolecta. Esta proporción, o lo que es lo mismo, el precio de ella, constituye la renta de la tierra, y se halla en precio de la mayor parte de los artículos como un tercer componente" (RN, p. 49)

que participan de la producción capitalista, es decir, tal como aparecen esas leyes ante la conciencia del capitalista individual. Pues bien, el significado del abandono de la teoría del valor trabajo consiste justamente en el salto teórico abrupto que pega Smith, desde la fisiología interna de la sociedad burguesa al reino de las apariencias, proceso que realiza sin desarrollar las mediaciones o pasos intermedios necesarios. Sin estos últimos, los fenómenos tal como se manifiestan inmediatamente en el ámbito de la competencia son representados por Smith como leyes completamente distintas a las anteriormente enunciadas y que las excluyen, en lugar de encontrar que no son otra cosa que la forma concreta a través de las cuáles las primeras se realizan. Y esta confusión de Smith tiene su origen en el hecho de que, efectivamente, en la superficie de la sociedad burguesa "todo se manifiesta invertido, puesto de cabeza" (Marx, 1980b, p. 194). La consecuencia fundamental de todo esto es que, al quedarse con las segundas, Smith pierde toda la potencia que le había permitido penetrar en la "anatomía de la sociedad civil" para darse cuenta que lo que está en juego en la investigación de los "principios que regulan el valor de cambio de las mercancías", es el proceso de metabolismo humano, es decir, la regulación del trabajo social. Este era su gran descubrimiento. Ciertamente, nunca pudo, como nunca podrá la economía política, explicar por qué ese contenido (el trabajo humano) debe representarse necesariamente de esa forma (el valor), para dar cuenta así de la historicidad de la sociedad capitalista. En tanto Smith toma a esta última por la forma natural y eterna de la producción social, no se le ocurrió que esa forma de valor del producto del trabajo está engendrada por lo que aquella tiene de específico como modo de regular la vida social: su carácter privado e independiente³². Sin embargo, más allá de sus defectos, Smith tenía, gracias a la teoría del valor trabajo, el mérito de haber encontrado la materialidad oculta bajo esas formas superficiales de la vida social. Su abandono, al contrario, lo condena a moverse unilateralmente en el reino de las concatenaciones aparentes, poniendo fin al contenido profundamente científico de su discurso y haciendo aflorar el elemento "vulgar" del mismo que se encontraba latente. Este último consiste en la reducción de la ciencia a una mera descripción apologética de la sociedad capitalista que se limita a sistematizar "las ideas más triviales y fatuas que se forman los miembros de la burguesía acerca de su propio mundo, el mejor de los mundos posibles, y a proclamarlas como verdades eternas" (Marx, 1975b, p.99).

Pero los efectos del abandono de la teoría del valor trabajo no se agotan aquí. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, Smith pierde de vista la naturaleza necesariamente antagonica de la relación entre las distintas clases respecto de la distribución del producto social. En efecto, según la teoría de los costos de producción, cada elemento constitutivo del valor de la mercancía se determina con total independencia de lo que suceda con los demás componentes. Siendo así, un incremento en uno de ellos, por ejemplo, en el salario, no implica necesariamente una reducción de los otros elementos (ganancia y renta), sino un incremento del valor de la mercancía. Esto se da de patadas con lo que se desprende de la teoría del valor trabajo. Según esta concepción, el valor de la mercancía está determinado por las horas de trabajo que requiere su producción. Estas son, por así decirlo, las que delimitan el tamaño de la "torta" a repartir. Y éste no se puede alterar con los cambios en la distribución de las "porciones" de valor entre las distintas clases sociales. Aquí, un incremento en los salarios sólo puede realizarse a expensas de la ganancia y la renta, lo cual lleva a que capitalistas, obreros y terratenientes tengan intereses contrapuestos. Podemos ilustrar la diferencia entre ambas teorías respecto de las relaciones entre las clases de la siguiente

³² Como dice Marx en una carta a su amigo Kugelmann: "Cada niño sabe que cualquier nación moriría de hambre, y no digo en un año, sino en unas semanas, si dejara de trabajar. Del mismo modo, todo el mundo conoce que las masas de productos correspondientes a diferentes masas de necesidades, exigen masas diferentes y cuantitativamente determinadas de la totalidad del trabajo social. Es *self evident* que esta *necesidad de la distribución* del trabajo social en determinadas proporciones no puede de ningún modo ser destruida por una *determinada forma* de producción social; únicamente puede cambiar la forma de *su manifestación*. Las leyes de la naturaleza jamás pueden ser destruidas. Y sólo puede cambiar, en dependencia de las distintas condiciones históricas, la *forma* en la que estas leyes se manifiestan. Y la forma en la que esta distribución proporcional del trabajo se manifiesta en una sociedad en la que la interconexión del trabajo social se presenta como *cambio privado* de los productos individuales del trabajo, es precisamente el *valor de cambio* de estos productos".

forma (para simplificar la cuestión y centrarnos en la relación social fundamental entre obreros y capitalistas, omitimos la renta de la tierra y los terratenientes):

Teoría del valor trabajo: Un incremento del salario no altera el valor de la mercancía pero reduce la participación de las ganancias en el valor total producido.

G	G
S	S
1	2 (S)

G	G
S	S
1	2 (S)

Teoría de los costos de producción: Un incremento del salario altera el valor de la mercancía dejando inalterado el monto de la ganancia que reciben los capitalistas.

Como se ve claramente, mientras que la teoría del valor trabajo conduce a una concepción conflictiva de la relación entre las clases sociales, la teoría aditiva del valor lleva a una visión armoniosa de la misma. De ahí su carácter apologético: oculta el antagonismo entre obreros y capitalistas como forma necesaria en que se realiza ese maravilloso incremento de las facultades productivas del trabajo que conlleva la sociedad capitalista.

Anexo 1: El contexto histórico de Adam Smith (basado en Rubin, 1979, capítulo 18).

¿Cuál era el estado del capitalismo industrial en la Inglaterra de mediados del siglo XVIII? Inglaterra se encontraba en un período de transición en que coexistían diferentes formas de organización de la producción:

1. Manufacturas independientes, las cuales representaban una reliquia del pasado.
2. Industria en gran escala doméstica.
3. Manufacturas, eran empresas capitalistas grandes y centralizadas (en los términos de esa época).

1. Manufacturas independientes

Hasta el comienzo del s. XVIII había todavía un gran número de artesanos independientes. Estos productores conservaban su independencia en el sentido de que eran ellos quienes llevaban la mercancía al mercado, es decir, intercambiaban sin la mediación de un comerciante. Sin embargo, lo que comienza a ocurrir es que en vez de vender directamente a los consumidores, estos artesanos deben venderle primero a un intermediario, siendo este último el que vende a los mercados minoristas. Esta necesidad de vender las mercancías al comerciante intermediario surge por las siguientes razones, las cuales están interrelacionadas:

a) La especialización de las artesanías: Si un productor de telas vivía cerca de Leeds, y se especializaba en cierto tipo de telas, es obvio que el consumo de telas no iba a estar limitado a esa ciudad. Debía exportarse a otras ciudades inglesas e incluso al exterior. Para esto, vendían su producción a un mercader, quien transportaba el producto a los lugares lejanos con sus caravanas o barcos.

b) Por el hecho de que el productor se encontraba en una región específica y los mercados de materias primas no eran accesibles geográficamente para el artesano. La imposibilidad de ir a los grandes centros comerciales a comprar el algodón llevó a los mismos resultados: la mediación del mercader, quien distribuía la materia prima al maestro artesano.

c) La dependencia de los artesanos también se generaba por la necesidad de comprar *nuevos medios de producción* (que surgían de las todavía no muy importantes mejoras tecnológicas) para los cuales no disponía del capital propio necesario.

Todo esto redundaba en que el maestro artesano estaba cada vez más subordinado al mercader, entonces, empieza a ser el comerciante quien va a buscar las mercancías de los artesanos y no al revés como sucedía antes. En tanto los artesanos vendieran a *muchos mercaderes* todavía tenían cierta independencia, pero apenas empiezan a venderle a *un solo mercader*, el producto empieza a pertenecer a este último (y esta es una de las condiciones que podía imponer el mercader para darle los instrumentos de producción). El mercader empieza a comprarle todo el producto, pidiéndole órdenes por adelantado e inclusive adelantándole materias primas.

A su vez, el maestro artesano desconcentra a sus aprendices, los cuales empiezan a ser *trabajadores domésticos dependientes* (del maestro artesano). Las artesanías independientes se convierten en industria doméstica .

2. Sistema Doméstico de Industria en Gran Escala.

Esto no es más que la penetración del capital comercial en la industria, lo cual alisó el terreno para la reorganización del proceso de trabajo sobre bases capitalistas.

3. Manufacturas

Surgen simultáneamente al sistema doméstico. Eran talleres donde un grupo de trabajadores (a diferencia del aislamiento del sistema 2) trabajaban bajo el mando y en las condiciones impuestas por el empresario. Se diferencia de la *gran industria* porque aquí todavía predomina el *trabajo manual*, es decir, no se ha introducido la *maquinaria*. Este sistema surgió tanto del sistema 2 como independientemente de él:

a) Surgía *en forma independiente* cuando se trataba de la aparición de nuevas ramas de producción.

b) Surgía del *sistema doméstico* cuando el intermediario que antes adelantaba materias primas a los trabajadores domésticos empieza a juntarlos en un taller bajo su supervisión y les paga un salario. De esta forma el mercader se convierte en *capitalista industrial* (en capitalista propiamente dicho) y el productor en *trabajador asalariado*. ¿Por qué le convenía al empresario juntar a los artesanos independientes? Básicamente, porque de esta forma el empresario se ahorra los costos de distribución de las materias primas y, además, tenía mayor control sobre los trabajadores, quienes tendían a quedarse con una parte de la materia prima para producir para ellos mismos. Sin embargo, tenía su lado negativo: el empresario tenía que incurrir en mayores costos de capital fijo. Es por esto que la industria doméstica pudo subsistir un tiempo y competir con la manufactura. Esto fue así mientras no hubo grandes cambios tecnológicos.

La aparición de la manufactura es importante no tanto por su alcance en número sino por sus características sociales, las cuales significaron el surgimiento del *capital industrial*, esto es:

a) *La división de la sociedad en una clase de capitalistas industriales y otra de trabajadores asalariados*: La transformación del intermediario en capitalista implicó que su fuente de ingreso ya no sea una mezcla de ganancia comercial y explotación del trabajador doméstico, sino que pase a ser unilateralmente la ganancia industrial. Comienza a dedicarse a dirigir la producción y dejó su rol comercial, ahora en manos de capitalistas industriales especializados en esa función. Del lado del obrero, está implicó la finalización del proceso de su transformación en *proletariado industrial*, a partir de las precondiciones que se venían creando desde el siglo 16 con la acumulación originaria, es decir, el divorcio de los productores directos respecto de las condiciones objetivas de la producción..

b) *El imperio de la producción en gran escala basada en la división del trabajo*: Si bien respecto de los instrumentos de trabajo no hubo muchos cambios respecto de los utilizados en las artesanías, sí hubo cambios respecto de la organización del proceso de trabajo. Aparece la *división técnica del trabajo* aparte de la ya existente división *social* del trabajo (aunque esta última se intensifica debido al surgimiento de nuevas ramas de la producción).

Por supuesto, las políticas mercantilistas (regulaciones gremiales y proteccionistas) eran un obstáculo a ser superado. Es así que las actividades organizadas en forma capitalista se trasladan a zonas rurales o a pueblos y ciudades nuevas de forma de “saltar” las regulaciones gremiales. Incluso dentro de las ciudades reguladas se instalaban industrias capitalistas en las *nuevas ramas de producción*, para las cuales no había regulaciones gremiales.

Es en este contexto que escribe A. Smith y por eso puede ser denominado el *economista del período manufacturero*.

Anexo 2: El Otro Smith.

Decíamos en la introducción que el pensamiento de Smith es mucho más rico y complejo de lo que el economista promedio considera. Los puntos donde la caricatura popular de Smith no coinciden con la verdadera naturaleza de su pensamiento son varios, pero aquí nos centraremos en lo que consideramos es el momento nodal de su pensamiento: los efectos civilizatorios de la división del trabajo. En particular, la postura de Adam Smith respecto a la sociedad capitalista no puede ser reducida, como suele hacerse, a la de un defensor acérrimo de las virtudes de esta forma de organizar la vida social. Es cierto que en el Libro 1 de la RN, Smith parece desplegar argumentos que tienden a considerar unilateralmente progresiva a la forma capitalista de la civilización humana. Sin embargo, más adelante en la obra el mismo Smith empieza a desarrollar ciertas ideas que ponen en evidencia que su defensa de la sociedad capitalista no es incondicional. Concretamente, consideramos que en ciertos pasajes Smith comienza a enfrentarse a la cuestión de los *límites de la sociedad capitalista*. Nos limitaremos aquí a reproducir, a modo de ejemplo, uno de los pasajes que, junto con el de la "mano invisible", representan las partes más citadas por la literatura de la obra de este pensador escocés:

“Con los progresos en la división del trabajo la ocupación de la mayor parte de las personas que viven de su trabajo, o sea la gran masa del pueblo, se reduce a muy pocas y sencillas operaciones; con frecuencia a una o dos tareas. Consideramos, sin embargo, que la inteligencia de la mayor parte de los hombres se perfecciona necesariamente en el ejercicio de sus ocupaciones ordinarias. Un hombre que gasta la mayor parte de su vida en la ejecución de unas pocas operaciones muy sencillas, casi uniformes en sus efectos, no tiene ocasión de ejercitar su entendimiento o adiestrar su capacidad inventiva en la búsqueda de varios expedientes que sirvan para remover dificultades que nunca se presentan. Pierde así, naturalmente, el hábito de aquella potencia, y se hace todo lo estúpido e ignorante que puede ser una criatura humana. La torpeza de su entendimiento no sólo le incapacita para terciar en una conversación y deleitarse con ella, sino para concebir pensamientos nobles y generosos, y formular un juicio sensato, respecto a las obligaciones de la vida privada (...) Es incapaz de juzgar acerca de los grandes y vastos intereses de su país, y al no tomarse mucho trabajo en instruirse, será también inepto para defenderlo en caso de guerra (...) Adquiere, pues, la destreza en su oficio peculiar, a expensas de sus virtudes intelectuales, sociales y marciales. Aun en las sociedades civilizadas y progresivas éste es el nivel a que necesariamente decae el trabajador pobre, o sea la gran masa del pueblo, a no ser que el gobierno se tome la molestia de evitarlo” (RN, p. 687).

La cita es contundente. Esa división del trabajo que tanta opulencia parecía traer a la sociedad tiene como contrapartida la degradación física, espiritual y moral del obrero. Y la preocupación de Smith al respecto no es meramente una cuestión subjetiva y humanitaria. Lo que está en juego aquí, creemos, es lo que antes planteamos como tema central de la obra smithiana: *la viabilidad de la civilización capitalista*. Pues también recalcamos que esto presupone siempre una "sociedad bien gobernada". Y aquí parece aclararse qué tenía Smith en la cabeza cuando utilizaba esa expresión. Porque aquí se plantea inmediatamente la siguiente pregunta: ¿Es viable una sociedad donde "la gran masa del pueblo", a la vez que desarrolla plena pero unilateralmente sus capacidades productivas individuales ve mutiladas sus capacidades para participar de la vida pública de la nación? ¿Pueden estos individuos ejercer plenamente sus virtudes ciudadanas y

marciales? La respuesta es claramente negativa. Es evidente por la descripción smithiana que la división del trabajo parece reducir a los hombres casi a la animalidad. Parecería, entonces, que no todos los resultados de esa "mano invisible" son progresivos para la humanidad. Y no se trata meramente de "costos del progreso", pues ponen en jaque la idea misma de Smith acerca de lo que es una civilización deseable y legítima. Concretamente, este embrutecimiento de los obreros les impide desarrollar los *sentimientos morales* necesarios para ser parte de una civilización moderna progresiva, la cual, si tomamos en serio la unidad de la obra smithiana, *no puede prescindir de los fundamentos morales de la sociabilidad*, por más que ya ahora el mecanismo del observador imparcial opere en una esfera restringida de la vida social. Es así que el mismo Smith que ve en el capitalismo la forma más plena de desarrollo de la humanidad, encuentra en lo que él consideraba los fundamentos específicos del mismo (la división del trabajo), los límites a ese desenvolvimiento impresionante de las facultades productivas del trabajo. Éstos son, como señalamos recién, los que llevan a Smith a una condena de *carácter moral* al libre despliegue del mercado y la división del trabajo para el desarrollo de la humanidad. Sin embargo, esta comprensión de los límites morales de la sociedad capitalista no lo llevan a Smith tan lejos como para poner la superación de esos límites en la trascendencia del capital mismo. El encargado de reconducir al mercado hacia la senda del progreso es, justamente, el supuesto enemigo del liberalismo económico del Smith vulgar: el Estado. Es el representante político de la sociedad el que debe solucionar las contradicciones que broten del desarrollo económico. En el caso particular mencionado en el pasaje citado de la RN, es la educación pública el remedio para las calamidades que la sociedad comercial produce como contracara del incremento de la riqueza material. Respecto de esta función, el Estado necesariamente "debe tomarse la molestia" de regular políticamente la vida social como respuesta a la potencial desintegración moral que podría poner en jaque los efectos civilizatorios de la nueva sociedad.

Anexo 3: Esquema del desarrollo de la Teoría del Valor de Smith

**Valor de cambio = objeto
política de estudio de la
economía**

**Trabajo
comandado**

**Trabajo
Incorporado**

Trabajo

Comandado o incorporado?

- En el cap. V es ambiguo.
- En el cap. VI parece quedarse con el trabajocomandado.
- Otras mercancías? No.
- Dinero (oro y plata)? No.
- Cereales? No.
- Trabajo? Sí.

**Fuente originaria
("medida real")**

**Medida práctica
adecuada**

Dos problemáticas

**¿Trabajo vivo o
trabajo muerto?**

Bibliografía

- Aristóteles, *Política*, Altaya, Barcelona, 1997.
- Clarke, Simon. *Monetarism, keynesianism and the state*, Edward Elgar, Aldershot, 1988.
- Clarke, Simon. *Marx, marginalism and modern sociology*, Macmillan, Londres, 1991.
- Dotti, Jorge. *Dialéctica y derecho. El proyecto ético-político hegeliano*, Hachette, Buenos Aires, 1983.
- Fitzgibbons, Athol. *Adam Smith's system of liberty, wealth and virtue. The moral and political foundation of the wealth of the nations*, Oxford University Press, Clarendon, 1995.

- Levin, Pablo. "La economía política en el ocaso de su objeto", en *Enoikos*, año VII, nro. 15, Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires, 1999a.
- Levin, Pablo. *Del "espectador imparcial" al "trabajo comandado", o el gozne entre "los sentimientos morales" y la "riqueza de las naciones"*, mimeo, 1999b.
- Marx, Carlos. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, vol. 1, Siglo XXI, México, 1971.
- Marx, Carlos. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, vol. 2, Siglo XXI, México, 1972.
- Marx, Carlos. *Contribución a la crítica de la economía política*, Ediciones Estudio, Buenos Aires, 1975a.
- Marx, Carlos. *El capital. Crítica de la economía política*, Tomo I, Siglo XXI, México, 1975b.
- Marx, Carlos. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)*, vol. 3, Siglo XXI, México, 1976.
- Marx, Carlos. "Teorías sobre la plusvalía 1", en *Carlos Marx y Federico Engels: Obras Fundamentales*, vol. 12, FCE, México, 1980a.
- Marx, Carlos. "Teorías sobre la plusvalía 2", en *Carlos Marx y Federico Engels: Obras Fundamentales*, vol. 13, FCE, México, 1980b.
- Marx, Carlos. "Teorías sobre la plusvalía 3", en *Carlos Marx y Federico Engels: Obras Fundamentales*, vol. 14, FCE, México, 1980c.
- Raphael, D. y Macfie A. "Introduction", en *The theory of moral sentiments*, Liberty Fund, Indianapolis, 1984.
- Rubin, Isaak. *A history of economic thought*, Pluto Press, Londres, 1979.
- Smith, Adam. *The theory of moral sentiments*, Liberty Fund, Indianapolis, 1984.
- Smith, Adam. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, FCE, México, 1987.
- Young, Jeffrey. "The impartial spectator and natural jurisprudence: an interpretation of Adam Smith's theory of natural price", en *History of Political Economy*, vol. 18, nro. 3, Duke University Press, Durham, 1986.
- Young, Jeffrey. "Natural jurisprudence and the theory of value in Adam Smith", en *History of Political Economy*, vol. 27, nro. 4, Duke University Press, Durham, 1995.
- Young, Jeffrey y Gordon, Barry. "Distributive justice as a normative criterion in Adam Smith's political economy", en *History of Political Economy*, vol. 28, nro. 1, Duke University Press, Durham, 1996.